

A photograph of a destroyed urban area, likely a refugee camp or a war-torn city. The scene is filled with rubble, debris, and damaged buildings. In the foreground, a group of people, including women and children, are gathered on a pile of earth and debris. Some are looking towards the camera, while others are engaged in conversation. The background shows more damaged buildings and a hazy sky, suggesting a large-scale disaster. The overall atmosphere is one of devastation and hardship.

# Debates actuales sobre Palestina

VÍCTOR DE CURREA-LUGO

Debates actuales sobre Palestina

© Víctor de Currea-Lugo

Primera edición, noviembre de 2024

Portada

Juan José Arango E. Con el uso de herramientas de IA, como la v6 de Midjourney y otras.

Diagramación y diseño  
Sonalys Borregales Blanco

Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo de la Embajada del Estado de Palestina en Colombia y de la Unión Sindical Obrera de la Industria del Petróleo (USO).

Impreso y hecho en Colombia  
*Printed and made in Colombia*

## Aquí

Aquí, en Beirut, tenemos el *maqlube*<sup>1</sup>,  
el que aprendimos a preparar de las abuelas  
con sabores que recita la memoria.  
Aquí, en Amman, tenemos la música,  
el *dabke*<sup>2</sup> que solemos bailar  
acariciando el suelo con los pies  
para recordar que la tierra nos espera.  
Aquí, en Damasco, nos vestimos de negro y de rojo,  
con trajes dignos de celebrar bodas,  
tejidos hilo a hilo como nuestra esperanza.  
Aquí, en El Cairo, mantenemos la lengua  
para decir *sumud*<sup>3</sup> con ese acento  
que nos distingue del resto de los árabes,  
para gritar *muqawama*<sup>4</sup>, mil y una vez  
como lo enseñan los olivos  
y cada campesina embarazada.  
Aquí tenemos todo con nosotros,  
todo lo que significa Palestina,  
excepto la tierra.

**Víctor de Currea-Lugo**

1 Receta con arroz emblemática de la comida palestina

2 Baile popular palestino

3 Significa “perseverancia constante”. Es un valor palestino, todo un símbolo ante la ocupación

4 Significa “resistencia”, en el sentido más amplio



# NOTA ACLARATORIA

**H**ay muchos frentes abiertos en la discusión sobre Palestina, desde el papel de las potencias mundiales hasta el sionismo en la sociedad israelí. Aquí, nos centramos en solo algunas de estas discusiones, sin por supuesto agotar los temas.

Esta es la tercera cartilla de un mismo esfuerzo por mantener viva la lucha contra el genocidio del pueblo palestino. La primera se llamó “Un llamado urgente por Palestina”, disponible en: <https://victordecurrealugo.com/llamado-urgente-palestina/> Y la segunda, “Palestina, voces de la resistencia”, disponible en: <https://victordecurrealugo.com/cartilla-palestina-resistencia/>.

En este tercer esfuerzo, la presentación está destinada a explicar un proceso que necesita ser entendido: cómo el sionismo, por su naturaleza, necesariamente lleva a un genocidio. No se trata de que este crimen sea una consecuencia no deseada, sino un resultado “natural” del sionismo.

Aquí también se recogen debates sobre el contexto, tanto sobre las dinámicas regionales de Oriente Medio, como del triste y vergonzoso papel jugado por la comunidad internacional. Y debates sobre la naturaleza de la resistencia y el proceso de negociación indirecto con Israel.

Además -y como es de esperar- hay dos constantes en los medios de comunicación sobre los hechos que nos ocupan: primera, las decisiones jurídicas tomadas (y las por tomar) en el marco del sistema de la Organización de las Naciones Unidas; y segunda, las consecuencias humanitarias.

Claro que quedan por fuera otros temas, así como otros elementos de lo humanitario, del contexto, de lo jurídico y de la resistencia. Lo que se pretende es -como en los textos anteriores- organizar y, por supuesto, desmentir muchos de los discursos predominantes en los medios de comunicación, porque mucha de la información disponible repite unos discursos que sirven al genocida.

Es imposible actualizar todos los datos, así que encontrarán cifras que ya han sido superadas por la realidad, pero lo que se trata no es de agotar la estadística, sino de mostrar las tendencias de un genocidio que el mundo contempla, sin hacer nada más que eso.

# CONTENIDO

1. PRESENTACIÓN: del sionismo al genocidio en ocho pasos

2. CONTEXTO INTERNACIONAL

3. DEBATES SOBRE LA RESISTENCIA

Israel, un tigre de papel

La resistencia europea, pensando en Gaza

¿En qué van las negociaciones entre la resistencia palestina e Israel?

4. DEBATES JURÍDICOS

La ocupación israelí de Palestina es ilegal: CIJ

Palestina: No esperar tanto de la CPI

Cuando el DIH cae en manos de los pacifistas

5. DEBATES HUMANITARIOS

Ataques al sector salud en Gaza: hospital al-Shifa

Prisioneros palestinos

La salud en Palestina, tras 11 meses de genocidio





# 1. PRESENTACIÓN: DEL SIONISMO AL GENOCIDIO EN OCHO PASOS<sup>5</sup>

**S**in duda, los judíos han sido perseguidos. No vamos a aplicar las tácticas sionistas de reescribir la historia o de negar la realidad. Ellos debieron vivieron situaciones duras, desde su secuestro y encierro en Babilonia, hasta el Holocausto, pasando por las Cruzadas, la Inquisición y la persecución de los zares. Vale aclarar que los judíos no han sido los únicos perseguidos; también lo han sido los cristianos y los musulmanes; y, recientemente, los bosnios, los tutsis, los rohingyas y los yazidíes.

Fue en el siglo XIX, en el marco del nacionalismo europeo, que se echó a rodar la idea de que la estructura política ideal era la construcción de Estados-nación; partiendo de que la nación era el resultado de compartir ciertos valores, mitificando lo propio y

<sup>5</sup> Ponencia para el Seminario Internacional: “Un nuevo holocausto en el siglo XXI”, Caracas, Venezuela, junio de 2024

rechazando lo ajeno. Esa identidad artificial y modificable, como cualquier otra, se convirtió en un dogma que, por definición, alimentó la exclusión de aquellas minorías que no compartían dichos valores.

Varios intelectuales de origen judío se aferraron a esta idea, como también lo hicieron pueblos europeos y asiáticos, al ver en el mito de un Estado-nación judío la solución a sus problemas. Pero, a pesar de la extendida idea de los Estados-nación, no hay en el mundo actual un solo Estado que podamos considerar homogéneo. La constante es de Estados plurinacionales o de, como en el caso del mundo árabe, una nación distribuida en varios Estados.

Está claro que Estados no nacionales, como Suiza o Bélgica, no han terminado en el fracaso; mientras que nacionalismos exacerbados, como Turquía, Yugoslavia, Marruecos, Alemania e Israel, han dado origen a grandes matanzas.

Volvamos al siglo XIX. Un sector de la intelectualidad judía empezó a soñar con un país solo para judíos; que es exactamente el resumen de lo que hoy llamamos sionismo. Dicha propuesta política se enfrenta a dos dilemas: Primero, ubicar una geografía; y segundo, resolver el destino de las personas que allí habitaran. Los judíos de entonces pensaron en Uganda; como lo reconoce el propio Theodor Herzl, padre del sionismo, también se pensó en Argentina y, finalmente, en 1897, se llegó al consenso de que fuera en Palestina.

Los ingleses deciden comprometerse con el lobby sionista para ayudar a que este se apropie de Palestina. La declaración de Balfour dice “Su Majestad contempla con beneplácito el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío (...) entendiéndose claramente que no se hará nada que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina”. Esto es, de suyo, una contradicción, la contradicción de Balfour, pues lo primero (el establecimiento de un hogar judío) implica un perjuicio a las comunidades locales.

El proyecto sionista inicial no echaba mano de la mitología religiosa, sino que simplemente buscaba un territorio posible de

ocupar; aunque es cierto que años después, los sionistas reciclaron la noción de la tierra prometida tratando de aumentar su legitimidad.

El segundo reto de qué hacer con la población autóctona se resolvió con la opción más evidente: la limpieza étnica. Recordemos que los colonos franceses en Argelia y los holandeses en Sudáfrica, así como los ingleses en Estados Unidos, llegaron a ocupar territorios y, por ende, a desplazar a los nativos. Y ese desplazamiento forzado, solo podía ser “exitoso” recurriendo a una violenta limpieza étnica. Es decir, al nacionalismo judío hay que agregarle una práctica colonial de apropiación del territorio y de limpieza étnica.

¿Cómo fue posible desarrollar un proceso migratorio hacia la Palestina histórica? A partir de la decisión de construir un Estado nacional judío en la Palestina histórica, empezó una migración organizada y sistemática de judíos hacia Palestina; mucho antes del Holocausto, de la Segunda Guerra y de la Primera Guerra Mundial. Todo esto fue posible gracias al apoyo que logró el lobby judío por parte de Reino Unido.

La ONU, en 1947, partió el territorio de la histórica Palestina, y entregó la mayoría a los migrantes judíos recién llegados. Es decir, formalizó el sionismo. Esta no fue una decisión justa, sino que repetía la misma lógica de fraccionamiento del territorio que se hizo antes en África y Oriente Medio. En otras palabras, la ONU repetía la lógica imperial, tal como impuso su agenda a las minorías inglesas en Camerún. Estas no son decisiones al azar, sino que obedecen a una lógica de las grandes potencias.

Recordemos que la reconfiguración de Oriente Medio después de la Segunda Guerra Mundial estuvo determinada por lo que las potencias de ese entonces, Reino Unido y Francia, decidieron de manera unilateral. Esta repartición ya la había hecho Europa en África a finales del siglo XIX, con sus respectivas consecuencias.

En Oriente Medio, prácticamente, todos los territorios de la región se convirtieron en Estados, menos la histórica Palestina, que quedó bajo protectorado británico hasta que se construyó un proto-Estado israelí: nacido de la migración, de la tierra que

se fue apropiando y de las estructuras políticas y militares que fue construyendo. Resumiendo, Israel es fruto del nacionalismo excluyente, de un proyecto colonial y del respaldo imperial.

En mayo de 1948, al tiempo que se declara la creación del Estado de Israel, los palestinos sufren la Nakba, una catástrofe materializada en la limpieza étnica. Esta es definida como el conjunto de prácticas para eliminar a un grupo de un determinado territorio.

No se trata de una decisión personal o de un mal llamado “daño colateral”, sino que es una política que tiene un claro objetivo. Así, la expulsión de cientos de miles de palestinos ha sido parte del proyecto sionista, que después fue “legitimado” con la famosa noción de que Palestina era la tierra sin pueblo para los judíos, el pueblo sin tierra. Es imposible construir un Estado judío en medio de los no judíos.

Aunque la ONU ha reconocido que es ilegal la adquisición de tierras por medio de la fuerza, que Jerusalén adquirió un estatuto internacional y que los refugiados de 1948 tienen derecho al retorno, no ha hecho esfuerzos serios para cumplir con sus propias resoluciones. En 1949, Israel fue aceptado miembro de la ONU con la condición de que respetara las resoluciones de la organización; pero, 76 años después, sigue incumpléndolas.

Es más, el derecho internacional reconoce, frente a una ocupación, el derecho a la resistencia, incluyendo la lucha armada. Pero, más allá de que lo diga el derecho, sería injusto criticar la resistencia violenta de los judíos del Gueto de Varsovia o de los partisanos franceses.

Israel, entonces, no solamente es nacionalista, colonialista e imperialista, sino que es la más grande demostración de dobles estándares jurídicos, ya que desde su propio origen hasta nuestros días su irrespeto por el derecho internacional ha sido constante y cuesta trabajo pensar que las grandes naciones solo hasta ahora reconocen dicho comportamiento.

A partir de 1967, fruto de otra guerra ilegal, en la que de nuevo Israel se apropió de más territorio, los palestinos quedaron reducidos

alo que conocemos como los Territorios Ocupados de Palestina. En ellos se fue configurando un régimen de segregación, discriminación racial, dominación de un grupo sobre otro, atentados a la integridad física, detenciones arbitrarias, restricciones al desarrollo del pueblo palestino, recortes de sus derechos, afectación a su libertad de circulación y residencia, obstáculos legales que, además, contribuyen a crear guetos, prohibición de matrimonios mixtos y persecución a sus organizaciones. Todos los actos que acabo de mencionar encajan perfectamente con la definición jurídica de apartheid.

Este conjunto de prácticas de discriminación y de superioridad de los sionistas es parte de la estructura misma del Estado israelí; por ejemplo, existe la detención administrativa, la cual es contraria a los principios del derecho internacional y que no se aplica para judíos. Según el sistema judicial israelí, es también legal la expropiación de tierras, la demolición de casas, los asentamientos y el muro de más de 700 kilómetros que Israel ha construido en Cisjordania.

A propósito del muro, tengamos en cuenta que las limpiezas étnicas y los genocidios han buscado la redefinición de las fronteras nacionales y la reconfiguración del territorio; y eso es exactamente lo que busca el muro robando nuevos territorios a favor de Israel y buscando legalizar los ilegales asentamientos israelís que invaden Cisjordania.

El muro, la limpieza étnica, la apropiación del territorio, el apartheid, la violencia y, sobre todo, la ocupación, no son estrategias de defensa de Israel ante un eventual segundo Holocausto. Tampoco son el resultado no deseado de la construcción de una patria judía, sino que son consecuencias directas y deliberadas del sionismo y de su sueño por un Estado teocrático y excluyente.

Desde 2023, el mundo ha empezado a usar la palabra genocidio. Lo cierto es que, salvo la intensidad, no hay ningún crimen cometido por Israel después del 7 de octubre pasado que no haya cometido de manera sistemática antes de la Operación Diluvio de Al-Aqsa. No es una novedad el uso de fósforo blanco, los ataques a los hospitales y a las ambulancias, el asesinato masivo de civiles, el bombardeo de

zonas densamente pobladas, la restricción a la ayuda humanitaria, el corte al suministro de agua y electricidad, la tortura y la desaparición.

Así como el régimen de apartheid inevitablemente implicaba un doble estándar jurídico, así como el esclavismo necesitaba de la deshumanización de los esclavos, así como la Inquisición requirió la satanización del otro, así como el nazismo se edifica sobre una supuesta superioridad moral, así como en Ruanda se animalizó a los contrarios llamándolos cucarachas (como a los palestinos los llaman ratas); así como en capitalismo necesita que el obrero sea solo una extensión de la máquina de producción; así como todo lo anterior, el sionismo necesita un territorio limpio o por limpiar, una población homogénea o por homogeneizar, un dogma de fe, que en este caso se alimenta del nacionalismo, de los mitos del judaísmo y de una supuesta condición de eternas víctimas del Holocausto.

Cuando se luchó contra el genocidio de Camboya, se sabía que la permanencia de un sistema como el creado por Pol Pot (el principal líder de los Jemeres Rojos, responsables de este genocidio) sería garantía de repetición del genocidio. Haber permitido la continuación del apartheid en Sudáfrica, así fuera en una pequeña parte del territorio, garantizaría el retorno generalizado de dicha práctica. Por eso, el problema es el Israel construido al tamaño de la ambición sionista.

No hay que confundir de ninguna manera el deseo de terminar el apartheid de Sudáfrica con una supuesta invocación al asesinato de los blancos que allí vivían o la pretensión de acabar con el país llamado Sudáfrica. Lo que la comunidad internacional impuso fue la reformulación de Sudáfrica, pasando de un Estado de apartheid a un intento real de democracia. Dicho de otra manera, Israel está llamado a desaparecer, no como un proyecto de nación con una mayoría judía, sino como sueño sionista. Su existencia, en cuanto Estado sionista, es incompatible con el sueño (por lo menos, teórico) de la democracia capitalista.

La consigna “Desde el río hasta el mar, Palestina será libre” no busca un segundo Holocausto, sino el establecimiento de un Estado

democrático, donde tanto judíos como palestinos tengan igualdad de derechos.

La propuesta de libertad de dicha consigna no se quiere construir sobre una matanza, sino sobre una reivindicación de derechos humanos, reconocidos hoy por el sistema internacional y por el sistema capitalista; pero ese modelo de libertad e igualdad entra en contradicción con cualquier narrativa que plantee la idea de un “pueblo elegido”.

Podríamos agregar el mayor fracaso del sionismo: no ser capaz de cumplir con su promesa de garantizar un hogar nacional seguro para las comunidades judías. Hoy el sitio más peligroso para ellos es, precisamente, el Estado de Israel.

Hoy, llegamos a este momento de la historia atrincherados en una convicción mayoritaria de que estamos de acuerdo en los derechos humanos, pero lo cierto es que no hemos logrado su incorporación jurídica plena, mucho menos su aceptación real en la sociedad y, peor aún, el cumplimiento mínimo de estos principios por parte de los Estados. Apenas hemos avanzado un poco y ya se resquebraja la misma noción de universalidad de los derechos humanos, que es uno de sus pilares.

Para terminar, quiero hacer tres preguntas para el debate y darles una tajante respuesta: Uno: ¿Es posible un sionista de izquierda? No. Dos: ¿Es posible un sionismo que no sea apropiador de tierras y motivo de colonización? No. Tres: ¿Es posible un sionismo que sea compatible con los derechos humanos? No.

La “etnificación de la política” (como razón o como excusa), la fragmentación de lo humano, el culto irracional a lo diferencial, la proliferación de ismos, la sobrevaloración de lo subjetivo y las narrativas posmodernas han alimentado, junto con la ignorancia y los medios de comunicación, a un mundo dispuesto a permanecer impávido mientras un genocidio es transmitido en vivo y en directo por las propias víctimas.

## 2. CONTEXTO INTERNACIONAL<sup>6</sup>

A mediados de agosto, la temperatura que sentimos en las ruinas de Babilonia era de 47 grados centígrados. Pero el problema no era ese calor de agosto en Oriente Medio y que parecía derretir las palmeras, sino el muy caliente momento político.

Los vuelos de salida estaban (e imagino que seguirán así) en completo desorden y los expertos decían que el cielo iraquí estaba lleno de drones. Los creyentes chiíes llegaban ya en millones a la ciudad de Karbala a conmemorar una fiesta religiosa llamada el “arbaín”, mientras las brigadas iraquíes continuaban sus acciones como parte del eje de la resistencia.

Todo gira, como se sabe, sobre el genocidio en curso, lo que recuerda la famosa frase de que no habrá paz en el mundo hasta que haya paz en Oriente Medio y esta no la habrá hasta que la haya en Palestina.

<sup>6</sup> Parte de estas reflexiones se las debo a Abdul Malak Sukkarie, analista libanés con quien intercambiamos opiniones sobre la situación de Oriente Medio en Karbala, Irak, agosto de 2024



Las tensiones actuales tienen varias áreas de lectura: la agenda del conflicto palestino-israelí, las tensiones regionales y las repercusiones mundiales. Frente a lo primero, recordemos que este conflicto, hoy manifestado en forma de genocidio, tiene, además, una agenda propia, aunque no deja de reflejar intereses regionales y mundiales.

Claro, ningún conflicto es único, a pesar de que ese síndrome (de llamar a mi conflicto “único e irrepetible”) lo he escuchado de birmanos, de kurdos, de sudaneses y de colombianos. Todos tienen elementos comunes, pero también particularidades.

Los asentamientos israelíes no son exactamente novedosos, hacen parte de un modelo de colonización; de la misma manera en que las prácticas genocidas de Israel en Palestina retoman las prácticas de los nazis.

Pero esas similitudes no pueden llevarnos a creer que todo se explica desde un modelo de conspiración o a negar las particularidades, sin permitir matices. Ese afán de igualar nos lleva a conclusiones erróneas: que en Irak no haya armas de destrucción masiva, no quiere decir que en otras partes de Oriente Medio no las haya. Precisamente, parte del reto es leer las diferencias dentro de cada actor.

Sobre Israel empecemos por decir que no es monolítico, nunca lo ha sido. Pero es necesario reconocer las diferencias frente al modelo económico interno (tensión entre la llamada izquierda israelí y la derecha), frente al papel de la religión en el Estado (entre algunos judíos liberales y los ortodoxos) y frente a los palestinos.

Es un error pensar que la sociedad israelí está en contra de Netanyahu y de sus políticas. Las marchas critican la mala gestión de la guerra, no la guerra en sí; las marchas por la liberación de los detenidos por Hamas no necesariamente plantean un fin de la guerra, sino una salida a la crisis de los rehenes; los demás sectores no son menos sionistas que Netanyahu.

En resumen, el sionismo sigue marcando la lógica política de la sociedad israelí. Leer solo la sociedad israelí de las marchas no

permite ver la sociedad que desde sus casas continúa apoyando el proyecto sionista.

La capacidad de Israel está golpeada en lo político, lo social, lo económico y lo militar. Después de 10 meses, sigue sin controlar Gaza; y ante los ataques de Irán y de Hizbollah ha tenido que disminuir su accionar en Gaza, lo que significa su incapacidad para luchar en dos frentes al tiempo.

En lo internacional, la humanidad entendió, por fin, que una cosa es antisemitismo y otra antisionismo; Israel está perdiendo la batalla mediática. En lo jurídico, la Corte Internacional de Justicia (CIJ) declaró ilegal la ocupación y se apresta a dar órdenes de captura contra la dirigencia israelí.

Parece que su única opción es regionalizar la guerra y, por la misma vía, arrastrar a Estados Unidos al campo de batalla. Sin esa opción, lo que se observa es un desgaste del proyecto sionista con pérdida de territorio en el norte, daño económico, una marcada emigración y la falta de proyecto.

Por su parte, la resistencia palestina superó, por lo menos mediáticamente ante muchos sectores, el eslogan de “terrorismo”. Unos 14 grupos siguen unidos, tanto en el campo de batalla, como lo reflejan los partes de guerra, como en la mesa de negociación. Hoy, los voceros de los grupos más numerosos (Hamás y Jihad Islámico) insisten en que la unidad es el camino.

Fuentes israelíes reconocen no solo que Hamás está vivo, sino que tiene una capacidad de regeneración de las estructuras militares que han sido golpeadas. El genocidio en curso produce, entre otras cosas, un espacio para mayor reclutamiento de grupos de la resistencia.

Queda claro también, que Hamás no pensó esta fase de la guerra como algo de un día; la red de túneles, la fabricación de armas y municiones, la organización durante varios años, el constante envío de cohetes y de realización de embocadas, todo esto apunta a que Hamás y los demás grupos estaban listos para una guerra que se mediría en meses y no en días.

En Cisjordania, otra parte de Palestina ocupada, las expresiones de resistencia armada han sido menores y menos constantes, pero en todo caso relevantes. La respuesta militar de grupos palestinos a las incursiones de diferentes poblados (Jenin, Tulkarem, Tubas, Jericó, Nablus) no es despreciable.

Y, lo más significativo, la internacionalización de la respuesta militar. Hoy no se pueden leer las acciones de los palestinos sin mirar sus aliados en el Líbano, Irak, Siria, Yemen y, por supuesto, Irán.

Las apuestas de las llamadas potencias regionales siguen, más o menos, en lo esperado. Turquía juega a tener un discurso propalestino, aunque mantenga su venta de petróleo a Israel; al final, no olvidemos que busca tener un pie en Oriente Medio y otro con ganas de entrar a Europa; es parte de Asia y a la vez parte de la OTAN. Como me decía un analista libanés, Turquía no está con los palestinos 100%, pero un 30% es mejor que nada.

Arabia Saudita estaba a punto de normalizar sus relaciones con Israel, cuando se produjo la Operación Diluvio de Al-Aqsa (7 de octubre de 2023). Los saudíes han buscado desmarcarse en lo mediático de Israel, pero es conocida su dependencia de Estados Unidos.

Muchas veces más que la agenda palestina, lo que determina su accionar es la agenda anti-iraní. Ve a la resistencia palestina más como un problema que como una expresión política. Por eso, en caso de una confrontación regional, no dudará en tratar de declararse neutral.

Es curioso que Yemen les ha propuesto liberar a los saudíes detenidos en Yemen a cambio de los líderes de Hamas detenidos en Arabia Saudita, pero los saudíes han rechazado la oferta. Eso dice mucho.

Egipto se ha erigido como mediador. Hay un error cuando se ha pensado que este papel de Egipto, acompañado de Qatar, significa algún tipo de poder sobre Hamas y los demás grupos. De hecho, los delegados de Hamas han salido a corregir a los mediadores en más de una ocasión.

Pero Egipto mantiene dos elementos paradójicos. Por un lado, su actitud pasiva frente al control debido de la frontera entre Gaza y Egipto, que ha dejado en manos israelíes. Por el otro lado, hay recientes noticias de que los puertos egipcios han sido vitales para el acceso de Israel a suministros de mercancías.

En el caso de Irán, es innegable su apuesta a favor de los palestinos tanto de manera directa como a través de frentes armados que apoya. Como me decía un vocero iraní: “Hizbollah es hijo nuestro, pero un hijo adulto que ya toma sus propias decisiones”.

El papel de Irán hay que verlo en, por lo menos, tres niveles: sus acciones directas, como la respuesta al ataque israelí al consulado iraní en Damasco; su papel como parte del eje de la resistencia, es decir, su apoyo a diferentes frentes de lucha; y su acercamiento a enemigos de Estados Unidos, como Rusia y China.

Sobre el frente norte, recordemos que Hizbollah nació precisamente como una red de organizaciones musulmanas que rechazaron, fusil en mano, la invasión de Israel al Líbano durante su guerra civil, por allá en los años 1980. Su agenda no es religiosa, sino esencialmente antisionista.

En 2000, lograron expulsar a Israel del sur del Líbano y, en 2006, lograron derrotar a Israel en la guerra de los 33 días. En eso, Hizbollah superó las acciones de los Estados árabes que perdieron las guerras contra Israel de 1948, 1967 y 1973. Por eso, más allá de que unos musulmanes sean chiíes y otros suníes, Hizbollah recoge un sentimiento real de apoyo a los palestinos.

Hizbollah aprendió mucho de cómo hacer la guerra luego de su confrontación con Israel de 2006 y de la participación en la guerra de Siria, donde estuvieron luchando al lado del gobierno de Bashar Al-Assad. Hoy, según los expertos, se habla de que Hizbollah tendría alrededor de 150.000 cohetes y misiles.

A finales de agosto, en una sola operación, Hizbollah lanzó 340 misiles y drones contra Israel, atacando 11 objetivos militares y produciendo parálisis del norte de Israel, saturación del aeropuerto de Ben Gurion de Tel Aviv, y la declaración de “estado de emergencia”.

Pero más allá de acciones de esa envergadura, el frente norte es, fundamentalmente, un espacio de desgaste.

Hizbollah sabe que un aumento del número y de la intensidad de los ataques a Israel podría producir el esperado (por Israel) ingreso de Estados Unidos; pero una guerra de, digamos, baja intensidad produce un daño psicológico, económico y militar muy grande. Esa guerra de desgaste hace más daño que un ataque de grandes dimensiones.

Hizbollah es más fuerte de lo que se piensa e Israel más débil de lo que presume. Una guerra como la actual, de deterioro paulatino, daña a Israel; pero una confrontación abierta tampoco es una buena alternativa para Israel porque, como muchos auguran, Israel no estaría en la capacidad de derrotar a su enemigo, pero sí de salir muy mal parado.

Hay otros frentes de confrontación (reales como el caso de Ucrania, o potenciales como el caso de Taiwán) en los que Estados Unidos se mide a otras potencias, como Rusia y China. Hay más coincidencias en los actores que participan en estas tensiones que causalidades compartidas de los conflictos que enfrentan. Así, sería torpe poner los tres frentes (y otros) como si se tratase de una agenda común expresada en varios frentes.

Lo que sí hay es una tensión por el dominio mundial que, evidentemente, se expresa en los diferentes conflictos alrededor del mundo. Mi percepción es que, por lo menos desde que Obama habló en Egipto (junio de 2009), Estados Unidos no logra entender las nuevas dinámicas de Oriente Medio.

Estados Unidos no entendió las protestas de la mal llamada “primavera árabe”, no entendió la guerra en Siria, la dinámica que impuso el Estado Islámico, ni otras coyunturas. Claro, Estados Unidos trató de navegar en todas esas coyunturas, pero no fue más allá de un oportunismo ramplón.

Como es sabido, Estados Unidos mantiene por décadas su política sionista, también sin leer los cambios dentro del propio Israel. Desde Ronald Reagan hasta Kamala Harris, todos los

dirigentes de Estados Unidos han cerrado filas a favor de Israel. Estados Unidos e Israel tienen más cosas en común de lo que se supone. Por eso, las próximas elecciones de Estados Unidos no cambiarán su mirada sobre Oriente Medio.

Y esa incapacidad de leer la región le ha llevado a perder terreno frente a Rusia y frente a China. Por eso, el problema para Estados Unidos es que lo único que le daba cierta presencia en la región era Israel, pero eso ya no es así. Eso lo entiende muy bien Rusia y China, cada vez más activos en la coyuntura.

Rusia necesita a Irán e Irán a Rusia, China y Rusia han confirmado su compromiso de aliados, y los tres representan los enemigos de Estados Unidos en los conflictos centrales de hoy: Palestina-Israel, Ucrania y Taiwán.

Por supuesto, hay otro tipo de aliados de Estados Unidos que juegan de manera soterrada a varios bandos: las monarquías del Golfo y otros gobiernos árabes: desde Egipto hasta Marruecos. Varios de estos países sirven de bases militares estadounidenses en la región (como Qatar, Bahrein, Kuwait, Arabia Saudita y Emiratos Árabes Unidos).

Los gobiernos árabes apoyados por Estados Unidos por décadas y caracterizados por prácticas antidemocráticas no son precisamente una esperanza para los palestinos. Las agendas de los gobiernos árabes son asquerosamente pragmáticas: Egipto posa de mediador al tiempo que recibe ayudas de Estados Unidos que le obligan a ser moderado (por no decir colaborador) de Israel; Jordania tiene una inmensa población palestina, pero históricamente ha sido calificado de colaboracionista de Israel.

Otro ejemplo: una ministra israelí agradeció a Jordania, Arabia Saudita y Emiratos Árabes Unidos por facilitar alimentos a Israel, mediante una ruta compartida entre estos países, mientras los palestinos padecen desnutrición en Gaza.

El calor en Oriente Medio va a ceder en pocos días, con la llegada de septiembre, pero no así pasará la calentura política. Se espera la respuesta de Irán a Israel por el asesinato del líder de

Hamas, Ismail Haniya. Irán no responde a la primera de cambio, como nos dicta la sangre latina; tiene tiempo para pensar cuándo y dónde atacar.

Incluso, esa espera es ya, de sí, un ataque a Israel, un país estancado a la expectativa de un ataque mayor al que le hizo Irán en abril de 2024 y mayor al que le hizo Hizbollah en agosto de 2024. La conjugación entre la guerra de desgaste de Hizbollah, la resistencia de Gaza, el control del mar Rojo por Yemen, las operaciones de brigadas propalestinas desde Siria e Irak y la amenaza latente de Irán configuran un escenario en que Israel parece derretirse en medio de su arrogancia.

En otras palabras, el gran riesgo del proyecto sionista no es una guerra abierta (donde guardaría la esperanza de que Estados Unidos no lo abandone), sino un desgaste cotidiano, de pérdidas militares, de falta de respuestas, de aumento de su emigración, de despoblamiento del norte, de pérdida de mercados internacionales y de hundimiento de su economía.

Como enseña Yemen, no importa quién tiene el barco más grande si su grandeza termina siendo más un defecto que una cualidad. Así, el eje de la resistencia genera un deterioro imperceptible para algunos, que llevaría al proyecto sionista a su propia tumba.

En el mundo, hay quienes hablan de un “nuevo orden mundial”, lo que me parece más un deseo que una realidad, pues, por ejemplo, los BRICS no son una alternativa al capitalismo, sino una forma de reconversión de este; de la misma manera que Kamala Harris no es una opción, sino más de lo mismo, así sea mujer, negra y de sangre asiática.

Estados Unidos tiene combustible para mucho más tiempo, pero sin duda va en retroceso. Morirá pataleando, como lo hacen todos los imperios y, hoy, ese pataleo se manifiesta con mucha fuerza en esa región del mundo llamada Oriente Medio.

### 3. DEBATES SOBRE LA RESISTENCIA

#### Israel, un tigre de papel

**A**l final de la guerra de los 33 días, entre Hizbollah e Israel, en 2006, un analista afirmó que Israel no tenía un ejército como tal, sino una fuerza de policía para atacar palestinos civiles. Algo así como un tigre de papel.

Luego de esa guerra hubo una investigación interna de Israel que produjo el informe Winograd, que apuntaba a lo mismo que decía el experto, y recomendaba una reingeniería total del Ejército sionista.

Pero parece que no les hicieron caso a las recomendaciones y hoy, tal como se puede concluir con la información disponible, el Ejército de Israel es bastante inútil, más o menos como la Organización de las Naciones Unidas.

Primero, su inteligencia fue incapaz de identificar y repeler adecuadamente las acciones de Hamas y de otros grupos de resistencia el 7 de octubre. Más allá de las teorías de la conspiración, queda claro que no esperaban un ataque de esas dimensiones.



Segundo, no han sido capaces de controlar la capital de la Franja de Gaza. Cada día llegan noticias de combates en diferentes barrios de la ciudad de Gaza y no han dejado de bombardear el histórico campamento de Jabalia.

Tercero, los ataques israelíes son esencialmente contra objetivos civiles: escuelas, sedes de la ONU, hospitales, mezquitas, barrios residenciales. Qué incapacidad de actuar sobre objetivos militares, lo que demuestra no solo su bajeza moral, sino su limitación militar.

Cuarto, en el frente norte, en la frontera con el Líbano, tienen desplegado la mayor parte de su ejército y no han podido detener los ataques de Hizbollah, cada vez más numerosos y de mayor calidad. De hecho, su ejército no podría atender ese frente al tiempo de mantener el genocidio en Gaza.

Quinto, su defensa fue vergonzosa: dos bases militares fueron impactadas por Irán de manera eficaz. Los drones que derribó Israel fueron señuelos, que le permitieron entender a Irán la estructura y, de paso, la debilidad de sus defensas antiaéreas.

Sexto, Israel fue golpeado en su territorio sin afectar bienes civiles, a pesar de que 10 otros países le ayudaron militarmente. Si hubiera estado solo, por ejemplo, sin la complicidad de Francia desde el territorio jordano, el daño habría sido mayor.

Séptimo, el contra-ataque israelí no solo fue débil (como lo afirma el ministro israelí de Seguridad Nacional, Ben Gvir), sino ridículo. Tres drones destruidos en el aire, no produjeron ningún daño. La inmensa mayoría de población de Ispahan ni siquiera se enteró a tiempo del supuesto ataque.

Octavo, el mercado de tanques de guerra israelíes “Merkava” se desplomó porque son carros de combates con debilidades conocidas. Alrededor de un millar de tales tanques ha sido destruido en Gaza por la resistencia.

Noveno, la moral del Ejército sionista está baja y la de su sociedad, también. Resulta que los religiosos ortodoxos, que más llaman a la guerra, no quieren prestar el servicio militar. Es cierto que una parte de la sociedad pide más guerra, pero hay un

sector de israelíes y de judíos alrededor del mundo que gritan “no en mi nombre”.

Décimo, Israel depende de la ayuda militar estadounidense. Otro experto decía que, sin tal ayuda, Israel estaría peleando en el norte con palos y piedras. Hasta hace más de una semana, Estados Unidos había enviado más de 35 mil toneladas de municiones a Israel.

Decimoprimer, cuando se dio el ataque de Irán a Israel, por unas pocas horas, se detuvo el genocidio de los palestinos y los cielos de Gaza no estuvieron inundados de muerte. Eso muestra las graves limitaciones sionistas para mantener dos frentes abiertos.

Decimosegundo, a pesar del férreo control en Cisjordania, no han podido evitar el aumento de las acciones de la resistencia en varias ciudades como Tulkarem, Jenin, Tubas y Qalquilya; por dar solo algunos ejemplos.

Eso no le quita lo genocida, lo asesino, lo criminal de guerra. Decíamos en la infancia: “métase con uno de su tamaño a ver si es capaz”; y le salió Irán al corte para decirle que “no más, que ya estuvo”.

Israel no es lo que nos dijeron por décadas. Como dijo Mao del imperio estadounidense: “En apariencia es muy poderoso, pero, en realidad, no es nada a lo que temer; es un tigre de papel. Un tigre, por fuera, está hecho de papel; incapaz de resistirse al viento y la lluvia”. Y el problema es que llueve y corre viento.

## **La resistencia europea, pensando en Gaza**

La noción de resistencia, la consigna en francés “vive la résistance”, la palabra en árabe “mukawama” tienen una evocación a sacrificio, permanencia y esperanza. Así luchó la resistencia europea frente al fascismo; y esa lucha, que fue clandestina y desigual, tiene mucho en común con la resistencia en Gaza, Palestina.

La resistencia europea creció en el contexto del dolor de la Primera Guerra Mundial, un gran triunfo mediático del nazismo, la derrota de los ejércitos estatales, el fracaso de los intentos de paz, la

brutal violencia de los ocupantes y la imperiosa necesidad de “hacer algo” ante el avance del fascismo.

No estuvo limitada a la lucha armada directa; otras tareas fueron igualmente esenciales. Los partisanos hicieron de todo un poco: desde periódicos clandestinos hasta actos de sabotaje, pasando por evacuación de heridos, apoyo a desertores, redes de comunicación y espionaje. A muchos resistentes hoy los llamarían “terroristas”.

Muchos grupos nacieron de manera espontánea; no fueron parte de una conspiración estadounidense ni soviética; fueron una realidad política y social de los pueblos ocupados. Algunos de estos grupos tenían más organización y recursos que otros, pero no por ello eran menos comprometidos en la causa.

Una de las razones por la que dichos grupos permanecieron es que se movían entre sus sociedades. No eran grupos alejados de sus propias comunidades, sino que eran los vecinos, los hermanos y amigos los que tomaban las armas.

Esa acción resistente ha sido subvalorada por muchos. Se pretende desconocer que en muchos casos armarse no era una opción, sino el único camino, por ejemplo, el de los judíos del gueto de Varsovia: o luchar o morir; no había nada más por decidir.

Sin que el mundo tuviera los niveles de globalización de hoy, era claro que el enemigo nazi no era un problema únicamente “nacional” y, por tanto, la resistencia en su contra no podría circunscribirse al mapa de los Estados. Por eso, Reino Unido tuvo campos de entrenamiento para combatientes de la resistencia; por eso varios resistentes rumanos pelearon en Yugoslavia.

Tanto Reino Unido como la Unión Soviética apoyaron, a su manera, las resistencias; pero no dejaron de pensar en lo que les significaba para sus propias agendas. Lo mismo hizo Estados Unidos, que calculó cada ayuda, envuelto en un discurso de ver la resistencia como algo más bien secundario, negando la importancia que realmente tuvo.

El fascismo italiano se erigió antes del nazismo alemán, por eso también fue en Italia donde se dio el primer embrión de resistencia.

Los métodos, niveles de radicalidad y objetivos cambiaban según la misma composición de los resistentes.

Hubo allí una resistencia que pensaba simplemente en volver al pasado prefascista, mientras otros pensaban en el día después. Entre los que pensaban en el futuro igualmente había diferencias: había liberales defensores del capitalismo hasta organizaciones comunistas muy organizadas, pasando por religiosos, monárquicos y moderados.

Y en medio de todos estos grupos, había fragmentos de la sociedad que respaldaban a Hitler, tibios, pacifistas y oportunistas que esperaban saber qué lado se alzaría con el triunfo, para entonces acomodarse al momento político y marchar con los vencedores.

Muchos pensaban que era torpe dividirse por un futuro incierto, cuando el presente de la guerra tocaba a la puerta. ¿Sirve de algo planear qué tipo de posguerra queremos cuando no sabemos si quiera quién ganará la guerra?

La resistencia arrastró muchos sectores sociales que participaron en acciones como la huelga, el bloqueo de vías, el espionaje de comunicaciones, la atención de heridos. Sin embargo, parte de la “narrativa” se basaba en acusar a los resistentes de ser comunistas (o de no serlo), de acuerdo al tipo de discurso que se quería levantar en su contra.

Algunos que no estuvieron en la resistencia (o que se sumaron a última hora) se presentaron después como guerreros desde el primer día; pero eso es un lugar común: muchos chilenos exilados por el golpe de Estado de 1973 dicen haber estado “prisioneros en el estadio de Santiago”.

La más solitaria y heroica resistencia fue la alemana, porque luchaba contra su propio Estado, porque la sociedad alemana había apoyado de manera abrumadora el proyecto nazi, porque generaban desconfianza en las otras redes de resistencia no alemana y, además, porque se les podía confundir con los que odiaban a Hitler no por asesino, sino por ineficiente en la guerra.

Hubo intentos de asesinar a Hitler, y no todos se dieron por la misma razón: había quienes querían matarlo para detener la guerra, otros lo intentaron para salvar a Alemania. Estar de acuerdo en la acción no significa compartir la motivación que había detrás.

Hubo países, como Rumania, en los que las diferentes organizaciones de la resistencia se fusionaron en una sola: el Frente Único Antihitleriano; lo mismo hicieron los búlgaros al crear el Frente de la Patria y el Ejército de Liberación Popular.

En Checoslovaquia, las universidades jugaron un papel importante en la resistencia, por eso los nazis deportaron a más de un millar de estudiantes y cerraron de manera definitiva las universidades.

En mayo de 1942, se vivió parte de la brutal represión nazi: fueron tomados los pueblos de Lidice y Lezaky, sus hombres fueron fusilados y los que sobrevivieron fueron enviados junto con las mujeres a los campos de concentración.

Pero, tal vez la mayor represión la vivió Polonia. En el gueto judío de Varsovia, 400.000 personas fueron arrinconadas en tan solo 27.000 viviendas. Semana a semana su población se iba diezmando camino a los campos de exterminio. Finalmente, durante cuatro semanas, los sobrevivientes lucharon con sus propias manos hasta morir.

¿Hicieron aquellos judíos un “análisis racional” de las posibilidades de triunfar? ¿Podemos decirles que lanzarse a la lucha era suicida solo porque nos leímos unos libros de historia? No.

Vale decir que Joseph Stalin fue oportunista y detuvo sus tropas en el margen oriental del río Vistula, mientras las tropas nazis destrozaban Varsovia. Lo mismo hizo la Unión Soviética cuando dudó en apoyar a las tropas de la República Española.

En Yugoslavia, al comienzo, hubo dos expresiones militares de resistencia que se enfrentaron entre ellas: los chetniks, leales a la realeza; y las tropas de Joseph Broz (Tito). A los primeros es difícil llamarlos resistencia, ya que con el paso del tiempo colaboraron tanto con los italianos como con los alemanes. También existieron

los Ustacha, un grupo nacionalista y supremacista de Croacia que se identificaba con el nazismo.

Es decir, en Yugoslavia, se vivieron: disputas dentro de la resistencia, una resistencia que planteó el regreso al pasado (chetniks), una resistencia que planteó un futuro socialista, aunque no sometido a Moscú (dirigida por Tito) y grupos paramilitares colaboracionistas del ocupante (Ustacha). Y fue allí, en Yugoslavia y parcialmente en Albania, donde el fascismo no fue derrotado por un ejército estatal, sino por la resistencia.

Tito, como muchas de las organizaciones antinazis de Europa, recibió miles de ayudas de Londres, pero eso no lo convierte en “agente británico”, como se lee de manera perversa la acción de muchos grupos armados en épocas de exterminio.

La resistencia enfrentó a traidores y a colaboradores de los nazis, con el dolor de ver que, cual Judas, hubo gente dispuesta a colaborar con el enemigo. Eso lo saben muy bien los palestinos desde hace décadas.

La resistencia francesa luchaba no solo contra Hitler, sino también contra el gobierno colaboracionista de Vichy, que incluso organizó la formación de grupos paramilitares que lucharon contra la resistencia.

La BBC fue uno de los principales canales masivos a favor de la resistencia; sirvió, entre otras cosas, de vehículo para enviar mensajes en clave a los grupos europeos. Hoy, frente al genocidio palestino, los grandes medios se han puesto más del lado del ocupante que del ocupado.

La historia no es justa, lo sabemos. La lucha solitaria de ese resistente desconocido que murió sin que nadie hoy lo recuerde sigue sin escribirse. Como dice Henri Bernard, “falta documentación, porque el abecé de la acción clandestina consiste en no escribir”.

Volvamos a Gaza. La resistencia palestina tiene hoy más legitimidad en la sociedad palestina que la que pudo tener la resistencia francesa o alemana en su propio territorio. Y esa legitimidad no se ve solo en el apoyo, sino en su crecimiento. Me

decía un comandante de Hamas que cientos (por no decir miles) de palestinos pidieron incorporarse a los diferentes grupos de resistencia después del 7 de octubre de 2023.

También es relevante que no hay una ruptura entre los grupos, como la que sufrió Grecia y Yugoslavia, casos en los cuales un sector de lo que primeramente era resistencia terminó convertido en colaboracionista de los nazis. Los 14 grupos palestinos en armas en Gaza están coordinados, tanto en la guerra como en las negociaciones.

La consciencia de la lucha, que fue determinante en la Segunda Guerra Mundial, está presente en las filas palestinas. Y, como muchos grupos europeos, sustentan su acción en sus propias capacidades, antes que en ayuda internacional. Es su espíritu lo que les mantiene con vida, como fue el caso de la muy golpeada resistencia alemana.

La resistencia que acompaña a los palestinos tampoco ha comprado la barrera de las fronteras internacionales. Yemen, Hizbollah, las brigadas de Irak e Irán constituyen un eje, no tan poderoso como el de los aliados en la Segunda Guerra Mundial.

Esa mirada, vista muy presente en la Guerra Civil Española, recoge la convicción de que el enemigo no es “local”. El fascismo es una apuesta que va más allá de lo local o de lo regional, y que ofrece una mirada global a lo que debe ser el mundo. Lo mismo ocurre con el sionismo; por tanto, la resistencia no puede ser menor.

El problema es que países aliados en la Segunda Guerra Mundial, como Estados Unidos y Reino Unido, hoy están del otro lado. Parece que no pelearon contra el fascismo como proyecto político-ideológico, sino contra el nazismo como amenaza a su propio poder; y no más.

## **¿En qué van las negociaciones entre la resistencia palestina e Israel?**

La resistencia palestina e Israel han entablado negociaciones muchas veces; aún hoy, en medio de un genocidio, hay un espacio

de conversaciones indirectas. Poco se sabe más allá de los titulares de prensa.

Las negociaciones de paz, contrario a lo que algunos creen, no son glamorosas reuniones entre voceros que han leído a los autores pacifistas o que están inspirados en Ghandi, sino encuentros entre quienes están luchando en un campo de batalla. Y así debemos ver las reuniones indirectas entre la resistencia palestina e Israel. Pensar algo diferente es ingenuidad.

Y esas mesas de negociación no tienen nada de fácil, no se llega allí necesariamente con buena voluntad ni exentos de trampas. Algunos negocian para superar la guerra, otros para buscar treguas o espacios de respiro; se llega con dobles discursos y con cartas bajo la manga. Incluso, algunos llegan solo para quemar esa etapa sin la más mínima voluntad de avanzar o sin expectativas frente a la contraparte.

Hay dos cosas que abundan en el caso palestino: las normas del derecho internacional y las propuestas de paz. Estas últimas (ya van como 60 propuestas) tienen dos tendencias: la primera es que desconocen lo que dice el derecho internacional y, la segunda, es que imponen tareas al ocupado (Palestina) antes que al ocupante (Israel).

Parte del problema es que las negociaciones giran sobre narrativas sionistas, antes que sobre la agenda real del conflicto. Esta última yo la resumo en: la ocupación, la adquisición ilegal de territorio, el estatuto de Jerusalén, los asentamientos y el retorno de los refugiados.

La agenda sionista se posiciona en la violencia palestina, la seguridad de Israel y el mito de la tierra prometida. Israel trata de presentar a Hamas como un grupo islamista cuando su accionar es claramente antiocupación. Por eso, no hay puntos de encuentro. Todos estos puntos ya están respondidos en el derecho internacional, pero este, como lo sabemos, es letra muerta.

De todas esas propuestas, la única que dio lugar a un documento firmado fue el proceso de paz de Oslo, cuyo espíritu (en el papel) era ir disminuyendo la ocupación y cediendo territorio a la naciente



Autoridad Palestina para que fuera construyendo el embrión del Estado palestino.

Eso fracasó, porque el proyecto de Israel no era ese; se vio obligado a negociar por la presión de la primera intifada y de una parte de la comunidad internacional. Israel firmó, pero no implementó, nunca pensó en hacerlo porque hacerlo sería poner en duda el proyecto sionista.

La Autoridad Palestina, que nació de los Acuerdos de Oslo, sigue con sus tareas y aquí es donde aparece la gran tensión, de fondo, entre la Autoridad Palestina y otras organizaciones (como Hamas): si la Autoridad Palestina es un medio para implementar Oslo ¿cuál es su tarea si no hay implementación alguna? ¿Qué camino debería tomar?

Los diálogos actuales empezaron desde los primeros días de la ofensiva en curso. Su logro fue la tregua de noviembre de 2023 que permitió el intercambio de personas retenidas de lado y lado. En cuanto se terminó la tregua, Israel atacó con más violencia. Así que una solución temporal o parcial, no ofrece ninguna garantía a los palestinos.

Vale subrayar que las conversaciones no son directas, se hacen a través de Qatar y Egipto, que a su vez se reúnen con las partes y, obviamente, con representantes de Estados Unidos el cual suele, inútilmente, de posar de neutral. No lo es, como tampoco lo son los gobiernos de Francia, Alemania y Reino Unido.

Son negociaciones, digamos, con una sensibilidad particular: no son sensibles a los crímenes de guerra, pero sí a una escalada regional. El asesinato de los palestinos se da por descontado, los ataques de Israel a sus vecinos también; pero en cuanto se calcula un ataque a Israel, entonces las banderas de la negociación, la diplomacia y la presión política vuelven el escenario.

El 6 de mayo de 2024, los mediadores hicieron una propuesta aceptada por Hamas. Esta incluía retiro de las tropas israelíes de las zonas pobladas de Gaza, cese de hostilidades, limitaciones de operaciones aéreas de Israel sobre Gaza, liberación por parte

de Hamas de los detenidos, liberación por parte de Israel de los palestinos detenidos sin cargos, libre movilización de los desplazados palestinos y entrada sin restricciones de ayuda humanitaria.

Esta propuesta la apoyó Estados Unidos, centrándose en la agenda sionista de los detenidos y excluyendo cualquier otro debate de fondo. Pero Israel rechazó tal propuesta de inmediato, ofreció un cese al fuego limitado, la liberación de un número no preciso de palestinos a cambio de los detenidos por Hamas.

Israel busca negociar solo sus rehenes o dejarlos morir, pero no una salida negociada a la crisis. Tal como dijo Netanyahu: “la idea de que detendremos la guerra antes de alcanzar todos nuestros objetivos está fuera de discusión”.

Luego vino el asesinato del jefe negociador de Hamas, Ismail Haniya, y de un alto líder militar de Hizbollah. Matar a Haniya fue además el símbolo de asesinar la paz. Tanto Irán como Hizbollah prometieron responder y, entonces, se retomó de nuevo una larga cadena de contactos buscando acercamientos.

Pero hay otros temas sobre la mesa. La postura de Estados Unidos la define muy bien el experto en Oriente Medio Marwan Bishara: “nada de lo que dice Estados Unidos es original”, ya que repite la postura israelí. Algunos dicen que estamos ante la última oportunidad para salvar a los prisioneros, pero parece que es más bien de las últimas oportunidades para salvar a Israel.

La propuesta de desplegar fuerzas de paz de la ONU en Gaza no es de buen recibo por parte de la resistencia, postura entendible cuando es claro que la ONU dividió el territorio palestino (1948), abandonó a los palestinos en Sabrá y Chatila (1982) y, por si quedaran dudas, dejó masacrar a los musulmanes en Srebrenica.

Otro ejemplo de la inutilidad de la ONU es el papel de las fuerzas de paz en la frontera entre el Líbano e Israel. Por lo mismo, no tendría ninguna presentación unas fuerzas de paz en Gaza (con tropas estadounidenses, además) y con presencia militar permanente de Israel. Eso sería tanto como legalizar la ocupación.

Israel ahora plantea que no cederá en su control al corredor de Filadelfia (la frontera sur de Gaza con Egipto) y que se reserva el derecho a vetar nombres de personas que Hamas pida en libertad; esto último relacionado con el dirigente de Fatah, Marwan Bargouti.

Además, recién aparece el “corredor de Netzarim”, una estrategia de Israel para partir en dos la franja de Gaza, separando a los palestinos en dos bantustanes y dando el primer paso al regreso de los asentamientos israelíes a Gaza. Israel quiere meter este nuevo corredor en la negociación.

Pensar que por vía jurídica se pueda avanzar es ingenuidad. El 26 de marzo, el Consejo de Seguridad aprobó una resolución que tan solo buscaba imponer un cese al fuego durante el mes de Ramadán, por razones humanitarias, y eso fracasó.

La agenda real no aparece en la negociación y cuando apareció, como en Oslo, no se implementó. Ahora mismo, no se negocia pensando en el fin del conflicto, sino en medidas que no dejan de ser temporales.

Una negociación se mueve a veces por elementos puntuales como el acceso a la ayuda humanitaria; pero eso, en teoría, no habría que negociarlo, sino que debería estar garantizado. Este tipo de acuerdos humanitarios son útiles frente al dolor, pero no mucho frente a la resolución del conflicto.

Otros proponen negociar “para proteger a los civiles”, lo que debería ser algo innegociable. Pero todo indica que debemos devolvemos a discusiones que se daban por resueltas, sobre lo que es un civil, una ocupación, un objetivo militar o un arma prohibida.

Otros negocian para tratar de conseguir en la mesa lo que no han podido conseguir en el campo de batalla; por eso es ingenuo pensar que el escenario de la negociación es esencialmente diferente del escenario de la confrontación.

“Negociar” mediante llamadas entre Francia y Arabia Saudita, o entre Estados Unidos e Israel no es negociar. Nada va a salir de un proceso diplomático que no escuche de verdad a la resistencia palestina.

Hamas es claro: sin la retirada de Israel, la masacre seguirá; y una retirada temporal es solo un respiro inútil para que después de un tiempo el sionismo siga perpetuando un genocidio. Eso lo saben los gazatíes por experiencia propia, no por las explicaciones de los teóricos de la paz.

Según el líder de Hamas, Ghazi Hamad, se debe distinguir, por un lado, la agenda de la negociación entre la resistencia e Israel y, por otro lado, el derecho de Irán y de Hizbollah de responderle a Israel ante sus ataques.

Hoy Israel negocia para llenar un requisito, para ganar tiempo, para tratar de medir a su enemigo, para buscar legitimidad internacional; pero no para detener la matanza, ni mucho menos para resolver la agenda de fondo del conflicto. Hamas sigue estando ahí, escuchando, dispuesto a comprometerse.

Los intentos de acercamientos de finales de agosto de 2024 fracasaron, porque no hay ningún elemento en el que Israel vaya a ceder y porque Hamas no va a entrar en el juego semántico de redactar papeles inútiles.

Cualquier acuerdo decente sería una derrota para Israel y por eso la negociación, para el sionismo, no es una alternativa. Lo será el día en que entiendan que la paz sale más barata que la guerra, y ese no es el escenario actual.

## 4. DEBATES JURÍDICOS

### **La ocupación israelí de Palestina es ilegal: CIJ**

**C**ualquier persona que sepa un poco de derecho, un poco de principios jurídicos y cualquiera que tenga solo un poco de sentido común estaría de acuerdo con lo que hoy ha dicho de manera clara la Corte Internacional de Justicia (CIJ): la ocupación de Palestina por Israel es ilegal. Esto lo dijo el pasado 19 de julio de 2024, mediante un dictamen jurídico.

La CIJ parte de que Israel controla de facto el territorio ocupado de Palestina, entendiendo para efectos de la CIJ como tal el conjunto de Cisjordania, Jerusalén del Este y Gaza. Y estos tres constituyen “una única unidad territorial, cuya unidad, contigüidad e integridad deben preservarse y respetarse (Res. 77/247 y artículo XI de los Acuerdos de Oslo).

Por eso no hablamos de la ocupación solo de Cisjordania, ni del genocidio solo en Gaza. La intención genocida de Israel expresada en Cisjordania es igual, aunque con una intensidad diferente, a la que vive Gaza.

Israel tiene el estatuto de “potencia ocupante”, según el derecho; pero eso no le da más facultades, no le permite ni la “adquisición de territorio por medio de la fuerza”, ni eternizar la ocupación, ni apropiarse de los recursos naturales.

En el debate participaron 52 países, tanto a favor como en contra (incluyendo a Israel, Estados Unidos y Palestina), y tres organismos internacionales: la Liga Árabe, la Organización de Cooperación Islámica y la Unión Africana. Es decir, el debate fue muy participativo y, en este sentido, la legitimidad del veredicto es relevante.

Uno de los argumentos, en contra, es que la CIJ podría obstaculizar el proceso de paz (parágrafos 38-40), pero hay varias cosas innegables: que el análisis jurídico también ayuda a la paz, que no hay ningún proceso de paz en curso y que, en la inmensa mayoría de propuestas de paz, nunca se tiene en cuenta el derecho internacional.

Hay una paradoja: reivindicar el derecho internacional y lo que dice la CIJ implica, por lo menos en lo teórico, la aceptación del Plan de Partición; es decir, la propuesta de dos Estados. Sin embargo, también es discutible si la ONU tenía el mandato para dividir un territorio.

Ben Gurion, el líder sionista de ese momento, no vio en el Plan de Partición el final sino el comienzo de la construcción de Israel. Así mismo, la guerra de 1967 no buscaba consolidar el territorio ocupado (fronteras de 1948) sino ocupar la Palestina histórica restante (como ocurrió en 1967); todo esto a pesar de que un principio esencial del derecho internacional es la “inadmisibilidad de la adquisición de territorio mediante la guerra (Re. 242 del Consejo de Seguridad de 1967).

Dicho plan, en todo caso, reconoce: “Estados árabes y judíos independientes... surgirán en Palestina dos meses después de la obligación de la potencia” ocupante (Plan de Partición, 1947). Pero ahí la ONU no sustentó su decisión en el derecho a la autodeterminación de los pueblos (cuya noción ya existía), sino en su postura de vocero colonial.

La ONU fue la primera en negarle a los palestinos el derecho de autodeterminación al partirles el territorio, aunque podríamos decir que antes los hizo el Imperio británico, el cual dejó que todos los territorios de la región se convirtieran en países, menos Palestina.

Este derecho a autodeterminarse ha sido ratificado por la ONU en muchos documentos sobre Palestina, pero no termina de precisarse qué es y, sobre todo, qué implica. Es más, los tristemente célebres Acuerdos de Oslo se formularon bajo la misma lógica: era un plan de Israel para retirarse del territorio ocupada e ir cediendo, progresivamente, el control al gobierno palestino.

Esa era la razón de ser de la negociación incumplida por parte de Israel. Oslo mostró que la ocupación no era temporal sino, más exactamente, un proyecto de anexión. En eso radica su fracaso.

Lo que pasa en Palestina es una ocupación agravada que apunta más a ser una práctica permanente que temporal. Pero, devolvámonos al debate sobre si puede haber una ocupación legal. Recordemos que la guerra está prohibida; ergo, sería un contrasentido pensar que una ocupación consecuencia de una guerra (ilegal) podría ser legal.

Sin embargo, hay dos escenarios en los cuales la guerra es legal: la legítima defensa y una orden del Consejo de Seguridad de la ONU. Pero ninguno de estos dos casos aplica: Israel no se defiende, sino que ataca. Y la acción militar israelí no cuenta con una autorización explícita del Consejo de Seguridad.

Pero aun siendo legal una ocupación, esta tiene unas limitaciones que, para nada, son tenidas en cuenta por Israel. La palabra clave ahí es “temporalidad”, y lo que se observa en el terreno es que toda la política israelí desarrollada en el curso de la ocupación no apunta a algo temporal.

La más notoria es la política de asentamientos: crear barrios en el territorio palestino ocupado para ser habitados por colonos israelíes, además interconectados con vías de uso exclusivo de los israelíes.

Los asentamientos (esenciales en la ocupación) suelen ser presentados por Israel en dos dimensiones: unos legales, según

el derecho interno; y otros ilegales, que son sitios aparentemente improvisados, como un tipo de “puestos de avanzada”. Pero para efectos de la CIJ todos tienen el mismo estatuto jurídico: son ilegales.

Para construir esos asentamientos y darles mantenimiento, Israel se apropia de los recursos naturales de los palestinos (como el agua); además, construye vías entre un asentamiento y otro, cercenando la continuidad del territorio palestino (carreteras, el muro, ferrocarriles, etc.). Toda esa infraestructura no tiene ningún atisbo de ser temporal. Pero los asentamientos no son un objetivo en sí, sino parte de una estrategia que obedece a un objetivo más grande: apropiarse de Palestina.

La CIJ recuerda que la “prohibición de la confiscación de la propiedad privada es absoluta” (parágrafo 122), pero todo demuestra que la propiedad de los palestinos sobre sus casas, animales, cultivos y tierras desaparece en aras del sionismo. Es claro que el sionismo supera al capitalismo al negar el “sacrosanto derecho” a la propiedad privada.

El valle del río Jordán es una de las zonas más fértiles de Palestina ocupada; el 86% del valle está bajo control de los colonos, los cuales extraen minerales, disponen del agua y desarrollan cultivos usando los recursos de los palestinos, lo que es ilegal (parágrafo 31). Este es uno de los problemas de los acuerdos comerciales (tipo TLC) en los que los países compran estos productos como si fueran producidos por Israel, legalizando así la ocupación.

La CIJ cita que las políticas de Israel en materia de agua y de tierras han producido una disminución de la tierra destinada a la agricultura de 2.400 kms<sup>2</sup> a solo 1.000; mientras que el PIB por la agricultura palestina cayó de 35% en 1972 a 12% en 1995, y luego a menos de 4% en 2020 (parágrafo 130).

En mi opinión, hablar de anexión es más preciso que hablar de ocupación. La palabra anexión tiene, por un lado, un dejo de resignación, de ser un hecho cumplido; pero, por otro lado, tiene esa fuerza de llamar a evitar lo inminente. Y, en ese sentido, es alarmante; pero mucho más preciso.



Para la CIJ, anexión es “la adquisición forzosa por la Potencia ocupante del territorio que ocupa, es decir, su integración en el territorio de la Potencia ocupante. La anexión, por tanto, presupone la intención de la Potencia ocupante de ejercer un control permanente sobre el territorio ocupado”. La variable central es el cambio entre una ocupación (temporal) y la pretensión sionista (control permanente).

Llamarla anexión no la legaliza, aunque lo último que pretendo es abrir una discusión semántica (y que se vuelva tonta) si ocupación o si anexión. Pero llamar simplemente ocupación a la anexión puede llevarnos a una falsa esperanza, como equiparar Oslo a la paz, como llamar justicia al derecho.

Dejando de lado este debate, es claro que la anexión se materializa en una serie de medidas que cambian la geografía y la disposición del territorio ocupado, altera la demografía y apunta, de manera especial, a la “judaización” de Jerusalén, ciudad con estatuto internacional, según el derecho.

Entonces, Gaza sigue ocupada; no se trata solamente de la “presencia militar física en el terreno” del ejército de Israel, sino del control efectivo bajo una autoridad hostil (parágrafo 90). Israel ha seguido controlando Gaza a pesar del plan de desconexión de 2005, pues sigue “ejerciendo ciertos elementos clave de autoridad de Gaza, incluido el control de las fronteras terrestres, marítimas y aéreas, las restricciones a la circulación de personas y mercancías, la recaudación de impuestos de importación y exportación, y el control militar sobre la zona tampón” (parágrafo 93).

Parte de las reglas que debe respetar el ocupante es permitir la autonomía de las autoridades del pueblo ocupado (parágrafo 106); en eso radica parte de la justificación de la existencia de la Autoridad Palestina. Pero, si la ocupación no es temporal, si toma claros visos de anexión, entonces, ¿cuál es el sentido de contar con la Autoridad Palestina?

La convicción de que no es una ocupación sino una anexión explica por qué Israel trata a los palestinos de Jerusalén Este como si

fueran extranjeros y, por ello, deben tener un permiso de residencia de Israel. Esto se va agravado con la extensa red de controles militares, el muro, las vías para uso exclusivo de ciudadanos israelíes.

En cuanto supuestos extranjeros, la presencia de palestinos y sus construcciones son reguladas por Israel (parágrafo 193). Dicha infraestructura es destruida de manera sistemática por Israel (parágrafo 204).

Esa política “fomenta la fragmentación de Cisjordania y de Jerusalén Este, y el encierro de comunidades palestinas en enclaves” (parágrafo 227), lo que contribuye al apartheid y a la discriminación sistemática de los palestinos.

Este tipo de políticas y medidas hace imposible la determinación; esta no depende de una norma escrita sino de una realidad práctica que, haga posible o no, la implementación de dicha norma. Ese es uno de los problemas de la ocupación: la norma va por un lado y la realidad por otra. E invocar la norma no resuelve el problema de la realidad.

Para concluir, podemos decir que La CIJ no dice nada que ya no supiera cualquier persona que esté al tanto de la situación. Su mérito es que lo dice con la autoridad de ser el más alto tribunal del sistema de la ONU; su tragedia es que nadie lo toma en serio. La CIJ reconoció que la ocupación es ilegal y, en ese sentido, dictaminó que:

– “La presencia continuada del Estado de Israel en los Territorios Palestinos Ocupados es ilegal”.

Sobre esto podemos decir que la ocupación es ilegal en su origen porque la guerra en que se enmarcó era ilegal; ilegal en su dinámica porque el sistema conexo a la ocupación vulnera principios universales de manera sistemática; e ilegal en sus fines porque su propósito real es la anexión.

– “El Estado de Israel tiene la obligación de poner fin lo antes posible a su presencia ilegal en los Territorios Palestinos Ocupados”,

– “El Estado de Israel tiene la obligación de cesar inmediatamente todas las nuevas actividades de asentamiento y de evacuar a todos los colonos del Territorio Palestino Ocupado”,

– “El Estado de Israel tiene la obligación de reparar los daños causados a todas las personas físicas o jurídicas afectadas en el Territorio Palestino Ocupado”.

Algo así dijo la CIJ en julio de 2004 sobre el muro: Israel debía suspender su construcción, reparar los daños e indemnizar a los afectados; pero eso no produjo ningún impacto real. ¿Qué nos haría pensar que esta vez será diferente? (parágrafos 267-272)

– “Todos los Estados tienen la obligación de no reconocer como legal la situación derivada de la presencia ilegal del Estado de Israel en el Territorio Palestino Ocupado y de no prestar ayuda o asistencia para mantener la situación creada por la presencia continuada del Estado de Israel en el Territorio Palestino Ocupado”,

– “Las organizaciones internacionales, incluidas las Naciones Unidas, tienen la obligación de no reconocer como legal la situación derivada de la presencia ilegal del Estado de Israel en el Territorio Palestino Ocupado”,

– “Las Naciones Unidas, y especialmente la Asamblea General, que ha solicitado este dictamen, y el Consejo de Seguridad, deberían estudiar las modalidades precisas y las nuevas medidas necesarias para poner fin lo antes posible a la presencia ilegal del Estado de Israel en los Territorios Palestinos Ocupados”.

El problema es que las medidas coercitivas de carácter económico no militares (capítulo VI de la Carta de la ONU) no doblegarán a Israel, como tampoco han funcionado en muchos otros casos de bloqueos y embargos. Y las medidas que impliquen el uso de la fuerza (capítulo VII) no serán aplicadas porque Estados Unidos se encargará, como ha hecho por décadas, de bloquear el Consejo de Seguridad.

No aceptar la ocupación es negar la realidad; no aceptar el proceso de anexión es negar la historia; no aceptar la ilegalidad es negar el derecho; no actuar es negar el deber de los Estados de mantener la paz internacional; y no tomar decisiones desde la ONU es negar la esencia misma de la ONU. En ese punto estamos.

Cuando la misma CIJ dictaminó que el muro era ilegal (julio 9 de 2004), estuvimos en La Haya como 150 defensores de la causa palestina y allí lloramos de la alegría. Dos meses después, en un evento de la ONU en Nueva York, sostuve que esa Opinión Consultiva de la CIJ era letra muerta. Me dijeron que no, que había que tener un poco de paciencia. 20 años después el tiempo me dio la razón: el derecho había muerto y nada indica que será resucitado.

## **Palestina: No esperar tanto de la CPI**

Se dice mucho y se celebra aún más la decisión de la Corte Penal Internacional (CPI) de ordenar la captura de Benjamín Netanyahu y de su ministro de Defensa, Yoav Galant, por crímenes contra Palestina; pero sabemos que no es bueno poner todos los huevos en una sola cesta, máxime si esa cesta tiene más de un agujero.

Sabemos que las víctimas no eran tenidas en cuenta, de manera justa, en los procesos de paz sino hasta finales de los años noventa del siglo pasado, cuando las nociones política y jurídica ganaron fuerza. Uno de sus mayores logros de esto fue catapultar la justicia transicional: ya no se podía dar un 100% de impunidad en los procesos de paz.

En esa línea, se establecieron tribunales para el genocidio de Ruanda, el de la antigua Yugoslavia y el para la guerra civil de Sierra Leona. Pero dichos tribunales fueron criticados por aparatosos, costosos y altamente burocratizados.

En 1998 se logró la firma del Estatuto de Roma, por parte de la comunidad internacional, lo que dio origen a la Corte Penal Internacional (CPI), que no debe confundirse con la Corte Internacional de Justicia (CIJ), aunque ambas tengan por sede La Haya, en Países Bajos. Pero la CPI tiene varios problemas de origen:

-La CPI solo puede juzgar los crímenes cometidos después de que el Estado en cuestión haga parte de ella. No son parte de este mecanismo Estados Unidos, ni Israel; pero sí Palestina, con lo cual la Corte tiene competencia para evaluar los crímenes cometidos

después de 2015. En otras palabras, los miles de palestinos asesinados antes de 2015 no cuentan.

- Una investigación de la CPI puede ser suspendida por orden del Consejo de Seguridad, tal como lo contempla el artículo 16 del Estatuto de Roma, lo que afecta su independencia.

- Casos por genocidio, como el abierto contra Omar Ahmed Al-Bashir, no han prosperado, a pesar de todas las evidencias en su contra. Incluso, hoy está detenido por las autoridades sudanesas, pero no hay mucha esperanza en que sea entregado a la CPI.

- Casos como el de Sudán (y otros de la justicia internacional como el de Sierra Leona) han generado una percepción de que los tribunales internacionales tiene dos raseros: uno para juzgar líderes africanos y otro para juzgar líderes occidentales.

- La CPI no tiene una “policía propia”, con lo cual la ejecución efectiva de sus órdenes depende de las decisiones políticas de los Estados involucrados.

- No hay mecanismos claros para evitar que las presiones de Estados Unidos y de Israel (incluyendo las amenazas a funcionarios de la CPI) modifiquen las decisiones jurídicas que tome la Corte. Donald Trump ya había presionado a la CPI para interferir con el estudio de crímenes en Afganistán que involucraban a Estados Unidos.

La inmunidad diplomática o la condición de jefe de Estado que alegue el acusado no genera ningún tipo de restricción por parte de la CPI para ejercer su función (artículo 27). Es más, el artículo 28 dice: “El jefe militar o el que actúe efectivamente como jefe militar será penalmente responsable por los crímenes de la competencia de la Corte que hubieren sido cometidos por fuerzas bajo su mando y control efectivo, o su autoridad y control efectivo”. Y en esa categoría caben Netanyahu y Galant.

La CPI declaró su jurisdicción sobre los llamados Territorios Ocupados de Palestina (Cisjordania, Jerusalén Oriental y Gaza) en 2021. El problema es que, a pesar de la creencia general, la palabra “genocidio” no aparece en la declaración del fiscal de la CPI.

Tal como se desprende de sus primeras declaraciones en octubre pasado, hay una preocupación más marcada por juzgar a Hamas que a los líderes de Israel. De hecho, pide la captura de tres líderes de Hamas y de solo dos de Israel. De cumplirse la orden de la CPI no se detendría el genocidio.

En toda su declaración, la Corte tampoco usa ni una sola vez la palabra “ocupación”. Ese afán de equiparar la violencia legítima del ocupado con la violencia ilegítima del ocupante es preocupante. Mencionar la ocupación es esencial para analizar lo sucedido.

Por otro lado, es cierto que en medio de la Operación Diluvio de Al-Aqsa hubo civiles que hoy son rehenes; pero también se dio la retención, lícita y en combate, de militares israelíes que, por definición, no son rehenes sino prisioneros de guerra. Esas dos categorías no las diferencia el fiscal en su declaración.

También es cierto que hubo afectaciones a bienes civiles; pero, además, hubo ataques, lícitos, a objetivos militares israelíes. Esa es la misma machacona postura (que me recuerda a los “tibios” abogados colombianos) que habla de crímenes de guerra, citando el DIH; pero que deliberada y de manera perversa niega el derecho a la resistencia, también reconocido por el DIH. Meter todo en un mismo costal es perverso, sobre todo si se dice conocer el derecho.

Al respecto, la CPI debería precisar si aplicará el DIH a conveniencia, si negará que la misma Corte Internacional de Justicia y el sistema de la ONU reconoce que estamos ante una ocupación y que, en ese contexto, los civiles pueden tomar las armas contra la fuerza ocupante.

La CPI sabía, desde sus investigaciones de lo sucedido en 2015, que Israel tiene y mantiene un patrón de actos ilegales. A pesar de tamaña evidencia, se demoró más de siete meses en ordenar la detención de Netanyahu: no hubo la misma premura que frente a la guerra de Ucrania. En el caso de Sudán, se alegó que la intervención de la justicia internacional “afectaría la paz”; lo mismo se dijo en Sierra Leona; y en la misma línea se pronunció Israel en el pasado.

El fiscal parte de denuncias hechas por Israel en medios de comunicación, muchas de las cuales han sido desenmascaradas, como la decapitación de niños y varios crímenes sexuales supuestamente cometidos por Hamas.

En cambio, no hay mención a la larga lista de normas internacionales violadas por Israel. No hay tampoco menciones a los potenciales cómplices del genocidio (Estados Unidos y Alemania). Para la CPI, por lo menos eso se desprende de sus declaraciones, parece que todo empezó el 7 de octubre de 2023.

No he visto menciones de los civiles israelíes asesinados por el propio ejército de Israel, ni tiene en cuenta lo ya dicho por la CIJ: Israel no tiene derecho a la defensa en cuanto es potencia ocupante.

Sigo sin entender dónde estaba la CPI antes del 7 de octubre y me pregunto si les pediríamos a los judíos del gueto de Varsovia que se sometieran 100% a las normas del DIH (que ya existían), como si el contexto genocida no existiera; como si la guerra fuera un laboratorio sin causas, ni contextos.

Ya hay demasiadas evidencias de antecedentes de incumplimiento de las normas por parte de Israel, y de que el genocidio es consecuencia directa de la naturaleza del sionismo, ese que la ONU había calificado de una forma de racismo.

El fiscal actual fue el mismo que en 2021 decidió no investigar el papel de Estados Unidos en los crímenes de Afganistán y únicamente centrarse en los talibán. ¿Hará lo mismo ahora? No lo creo, pero su sesgo contra los grupos armados organizados y su alineamiento con Estados Unidos quedó claro en el caso de Afganistán.

Frente a la CPI, Netanyahu ha sido claro: hay que desmantelarla. “Cuando la Corte Penal Internacional investiga a Israel por falsos crímenes de guerra, esto es puro antisemitismo. El tribunal establecido para prevenir atrocidades como el Holocausto nazi contra el pueblo judío está ahora apuntando al único Estado del pueblo judío».

Parece que la CPI va a entrar en el juego de condenar a Netanyahu, para salvar a Israel; todo bajo la lógica (no ingenua sino perversa)

de que muerto Hitler se acaba el fascismo. Incluso, ha habido ya intentos de frenar el proceso contra Netanyahu: Reino Unido, Italia, Alemania, Canadá y Estados Unidos intentaron impedir que el fiscal de la CPI emitiera sus órdenes de detención.

La otra Corte, la CIJ, pidió el 24 de mayo a Israel suspender las operaciones en Rafah; pero Israel ya dejó claro que no lo hará. El problema de la CIJ es que pide el cese del ataque a Gaza, como si lo que sucediera en Khan Younis o en Jabalia fuera menos grave, como si el derecho se rigiera por la lógica de premios de consolación.

La justicia internacional no logra despolitizarse ni despegar como debiera. No hay otra coyuntura mundial más importante para demostrar para qué sirve la justicia internacional y corre el riesgo de equivocarse nuevamente.

Posdata: Irlanda, España y Noruega ya conocían la ocupación y la criminalidad de Israel. Ni el derecho, ni la ocupación, ni el tipo de crímenes han cambiado para reconocer (o no) a Palestina como Estado. ¿Cuántos civiles palestinos muertos fueron necesarios para reconocer a Palestina?

No es que pidamos todo, es que a los palestinos no les han dado (casi) nada. Reconocerlos tarde, casi como premio de consolación, no está bien ni política, ni jurídica, ni éticamente. No es que seamos extremistas para pedir por los palestinos, es que estamos enfrentando una situación extrema que se llama genocidio.

## **Cuando el DIH cae en manos de los pacifistas**

Partamos de que respeto cierto pacifismo, pero parte de su argumentación general está basada en falacias: que violencia solo genera violencia, que toda violencia es igual, que el ser humano es esencialmente pacifista, etc. No voy aquí a controvertir esto, sino a entrar en otro debate: qué pasa cuando el DIH cae en manos de ellos.

El famoso y vilipendiado DIH (derecho internacional humanitario) no prohíbe la guerra, así de simple; sino que la regula.



Por tanto, no prohíbe el uso de las armas, ni la muerte de personas, ni el ataque a objetivos militares. No lleva necesariamente a la paz; aunque algunos pacifistas dicen otra cosa y para ello retuercen lo escrito con sus interpretaciones.

También reconozco que desconfío de los pacifistas que defienden el Estado (el que sea), porque los Estados son, por definición, el monopolio de la fuerza (lo que los lleva a una contradicción); entonces, me cuesta trabajo creer en un pacifismo que sí acepta un tipo de violencia, pero condena otra. Una propuesta que acepte una violencia legal no es pacifista, por más que la norma autorice dicha violencia.

La opción por la lucha armada no es fácil, ni es como en las películas. Tampoco es cierto que los que hacen la guerra sean estúpidos o dementes, y que los demás son solo intelecto y puridad. Recuerdo ese debate en Birmania, donde ante ese nivel de destrucción del pueblo rohingya, era no solo esperable sino lógico que ellos optaran por la lucha armada y no porque fueran dementes o estúpidos, sino porque no tenían otra salida.

Volvamos al debate. Decir “paz y aplicación del DIH ya” es una contradicción, algunas veces muy bien intencionada, pero contradicción al fin. El DIH, repito, no prohíbe la guerra. Eso implica la autorización de ataques, uso de armas, captura de enemigos en combate, etc. Es doloroso porque acepta la muerte, pero no la muerte de cualquiera y en eso radica su valor.

En el campo de los conflictos, el análisis de los medios de lucha no es un debate de estética, sino de eficiencia, de posibilidades reales; no busca ganar sino “hacer algo”. Pero los tiempos que corren nos impiden ver la historia, y el localismo nos impide ver el mundo.

De hecho, se ha ido reescribiendo la historia. El pasado diciembre, escuché a un viejo dirigente en Sudáfrica seriamente disgustado por el Nelson Mandela que han ido creando los nuevos tiempos. Nos invitaba a que dejáramos de pensar a Mandela como un viejito que hacía picnics y abrazaba a sus nietos, quitándole todo su pasado como combatiente.

Condenar es fácil, pero no necesariamente es justo. ¿Podríamos condenar a los judíos del gueto de Varsovia que se levantaron contra el nazismo y sin posibilidad alguna de triunfo? ¿Condenamos a los vietnamitas por haber usado la violencia para detener el genocidio en Camboya? ¿Y qué le diríamos a la resistencia francesa?

Tengo muy claro lo que hay detrás de la consigna propalestina “no es una guerra, es un genocidio”, pero en términos jurídicos, sí estamos ante un conflicto armado. Si no, pues no podemos hablar de crímenes de guerra, ni de ocupación; pero decir conflicto armado (o guerra) no implica, de ninguna manera, hablar de igualdad de partes.

El DIH deja claro que una ocupación es un conflicto armado, incluso si nadie levanta la mano contra el ocupante. Ahora, la CIJ explicó (en el caso de Sahara Occidental) que una ocupación no deja de ser ocupación porque no haya claridad sobre la naturaleza jurídica del territorio ocupado; basta que no sea parte del Estado ocupante.

Una ocupación, a su vez, autoriza a los ocupados a resistir, incluyendo la lucha armada como medio. Ahí vuelven a equivocarse los pacifistas: no me digan que hay que distinguir civiles de combatientes, sin decirme también que hay derecho a resistir.

No es una cosa menor. Por eso, en el falso pacifismo de los que citan el DIH creen que los Convenios de Ginebra son como una cena de barra abierta donde uno se sirve lo que quiere; no, el DIH es un menú que viene completo.

Las organizaciones de resistencia palestina son la materialización de un derecho y no, simplemente, una expresión de unos locos violentos, radicales e islámicos que quieren destruir todo y “borrar a Israel”. Hamas es uno de los grupos armados más calumniados por quienes no tienen ni la menor idea de su naturaleza.

Y ese derecho a resistir, legal y además legítimo, es la razón jurídica de ser de la resistencia palestina. La violencia de Hamas y de otros grupos, como lo afirma el gran académico Olivier Roy, es esencialmente antiocupación. Lo otro es creer que solo, por ejemplo,

los ucranianos (rubios y cristianos) tienen derecho a resistir porque “toda violencia de un musulmán es terrorismo”.

¿Hamas ha cometido crímenes de guerra? Sí. Son reprochables, sí. Pero ¿de verdad Hamas es solo sus crímenes? Ni siquiera el fascismo ni el sionismo se pueden reducir solo a tales actos. La tendencia a reducir a Hamas a sus potenciales actos que vulneran el DIH apunta a una cosa: negar el derecho a la resistencia.

Decir que Hamas es igual al ejército israelí o que ambos tienen igual responsabilidad es un buen argumento, pero solo para un debate de cafetería. Los nazis que ocuparon Polonia no son lo mismo que los judíos que se levantaron en armas.

Las acciones de Hamas que respeten el DIH son tan legales como las que haga un Estado, así de simple. Pero la prensa, mayoritariamente, parte de que Hamas comete “solo actos de terror” y que “todos los actos de Israel son defensivos”. Pedirle a Hamas que respete el DIH es muy diferente a decir “no a la violencia de Hamas”.

Ahora, un genocidio no es menos genocidio porque haya una respuesta armada ante el genocida. Esto aplica a Camboya, Ruanda, Palestina, Birmania y muchos otros casos que se han calificado de genocidio y con presencia de una resistencia armada.

El problema es que la noción de guerra, genocidio, crimen de guerra, ocupación, no se rigen en el debate público sobre las categorías jurídicas que hay, reconocidas por los Estados, sino por las “narrativas” que las “destruyen” hasta vaciarlas de contenido.

Por mi experiencia, creo que saben más de DIH muchos militares (así no lo apliquen) que los abogados y las abogadas, pero el argumento de autoridad (tener un diploma de abogado) se impone. Así nos va.

## 5. DEBATES HUMANITARIOS

### **Ataques al sector salud en Gaza: hospital al-Shifa<sup>7</sup>**

**E**l 27 de octubre de 2023, el hospital al-Shifa, en Gaza fue atacado por Israel. Shifa significa “curación” y eso es lo que allí ofrecía la misión médica palestina y lo que allí han buscado miles de palestinos durante muchos años de ocupación.

Es un hospital de 564 camas que, en el momento del ataque, albergaba a 1.500 pacientes, 1.500 trabajadores médicos y alrededor de 15.000 personas desplazadas que buscaban refugio en el hospital.

Allí se juntaron tres dinámicas que se han visto en otros centros de salud: a) la acusación de que era un cuartel de la resistencia palestina, b) la prohibición a toda persona de entrar o salir de sus instalaciones,

<sup>7</sup> Intervención presentada ante el Tribunal Internacional de Opinión sobre el Caso de Palestina, 27 de julio de 2024.

y c) el bombardeo directo. El asedio contra al-Shifa se mantuvo hasta el 24 de noviembre de 2023, cuando empezó una tregua.

Todo esto en medio de una gran demanda de servicios de salud por parte de la población gazatí. Los datos preliminares y parciales de la ofensiva de noviembre de 2023 incluyen:

- 3 de noviembre fue atacado un grupo de ambulancias, dejando 15 muertos y más de 70 heridos.

- 6 de noviembre destruyeron los paneles solares del hospital.

- 10 de noviembre, bombardeo al hospital por tanques israelíes, dejando 7 personas muertas.

- 12 de noviembre, corte generalizado de la electricidad del hospital, causando la muerte de dos recién nacidos y poniendo en riesgo la vida de 37 más.

- 13 de noviembre, 50 personas trataron de salir del hospital, pero fueron atacadas con armas de fuego por Israel.

- 14 de noviembre, ante tantos cadáveres, se organizó una fosa común al interior del hospital para más de 179 pacientes muertos.

El ex primer ministro de Israel, Ehud Barak, informó que los túneles bajo el hospital de al-Shifa fueron construidos por Israel en la época en que Israel controlaba Gaza. Israel reportó haber encontrado armas en el complejo médico.

Pero The Guardian y CNN informaron que el ejército israelí había reorganizado o duplicado las armas para la exposición ante la prensa y que se había editado un video israelí que mostraba los descubrimientos.

Una investigación del The Washington Post mostró que el complejo médico no estaba conectado a los mencionados túneles, ni el hospital había sido usado por militantes de Hamas.

El 18 de marzo de 2024, al-Shifa volvió a ser atacada, por más de 13 días, dejando a su retirada caos y destrucción. Israel nuevamente argumentó la presencia de militantes de Hamas dentro de los hospitales.

Según la CNN, adentro había más de 3.000 personas en el momento del ataque israelí, sometidos por días a condiciones

inhumanas, con difícil acceso a agua y alimentos. Varios pacientes murieron debido a la falta de oxígeno, alimentos y medicinas. Varios miembros del departamento de recursos humanos fueron arrestados.

Dentro del complejo se encontraron cuerpos en descomposición. La destrucción de las calles circundantes fue de tal magnitud que hacía prácticamente imposible el transporte de heridos por ambulancia hasta el hospital.

Según la Defensa Civil, los israelíes dejaron más de 300 muertos, pero ese número es solo aproximado, ya que muchas personas fueron enterradas allí mismo en fosas comunes y se han hallado despojos humanos a lo largo del complejo. Se calcula que cientos de cuerpos hallados en, por lo menos, en tres fosas comunes.

En la ofensiva de marzo, el Ejército israelí ordenó a civiles evacuar el hospital y luego les disparó, entre ellos había médicos. El doctor Mumhamd al-Nunu, director de los almacenes farmacéuticos, fue asesinado. Así mismo el doctor Mumhamd Saleh, director de los laboratorios médicos, previamente amordazado y asesinado de un tiro en la cabeza

El 1 de julio, Israel liberó al director, Mohammed Abu Salmiya, después de haberlo mantenido en un campo de detención durante siete meses y sin cargos. Fue sujeto de torturas y vio la muerte de otros palestinos por falta de alimento y de atención médica. Estuvo detenido ocho meses en cárceles israelíes, sin cargos.

Tanto la atención como la educación médica ha sido seriamente afectada por los ataques. Durante los primeros nueve meses de ofensiva israelí han sido asesinados por lo menos 500 trabajadores del sector salud.

Triste que, según el doctor Ghassan Abu Sitta, rector de la Universidad de Glasgow, el personal de salud israelí participa activamente en la tortura de prisioneros palestinos. Incluso, un grupo de médicos israelíes justificó el ataque a hospitales palestinos.

Claramente, los bienes civiles deben ser protegidos, especialmente hospitales, ambulancias y demás bienes sanitarios.

Sobre eso hay un extenso consenso mundial, parte esencial de la formulación del derecho internacional humanitario, desde hace siglos, antes de la versión moderna contenida en los Convenios de Ginebra. La tasa de ataques a la asistencia sanitaria es mayor que en cualquier otro conflicto a nivel mundial desde 2018.

Los hospitales de Gaza, su personal médico y sus pacientes han sido atacados de manera deliberada, sistemática y progresiva, contraviniendo todas las normas internacionales al respecto, contenidas tanto en el derecho internacional de los derechos humanos y del derecho internacional humanitario, tal como lo muestran una serie de fotos satelitales al respecto.

Dichos ataques no son actos aislados, sino parte de una política desarrollada por décadas por parte del Ejército de Israel contra los palestinos. Ninguna de las prácticas contra el sector salud, usada después del 7 de octubre de 2023, es una novedad. El ataque a hospitales, ambulancias, centros médicos, personal de salud y pacientes, ha sido una constante durante las décadas de ocupación.

El ataque a al-Shifa es solo un más de los muchos casos de violencia israelí contra el sector salud palestino, con hallazgos de ejecuciones sumarias, abandono de pacientes, asesinatos a personas solo en ropa interior y restos humanos debajo de las ruinas, siendo en todo caso una de las peores masacres en la historia palestina. Al Shifa resume exactamente lo que no se debe hacer en tiempos de guerra contra los servicios de salud.

Hay informes de organizaciones prestigiosas, como la misma Organización Mundial de la Salud (OMS), de ataques por parte de francotiradores contra mujeres palestinas embarazadas que acuden a los hospitales de Gaza en búsqueda de ayuda o de partos atendidos bajo condiciones indignas.

Ese tipo de actos tienen claramente una intención genocida y, por tanto, deben enmarcarse en la lógica general de Israel que empieza, por lo menos, con las limpiezas étnicas de 1948, un régimen de Apartheid contra los palestinos y el genocidio en curso.

## Prisioneros palestinos

Un prisionero es una persona que ha perdido su libertad. Cada 17 de abril se conmemora el día de los prisioneros palestinos. Para explicar ese dolor, usamos los números, que nos dicen cuántas personas están en prisión hoy: alrededor de 9.500, sin contar los recién detenidos en Gaza.

Desde octubre de 2023, por lo menos, 8.270 han sido detenidos solo en Cisjordania, entre ellos 520 niños. Varios, además de perder la libertad, han sido víctimas de la demolición de sus casas, confiscación de sus carros y el robo de sus recursos económicos.

En Gaza, se calculan 3.000 detenidos, 849 de ellos detenidos bajo la figura de “combatientes ilegales” algo que no existe en el derecho internacional humanitario, pero con la que Estados Unidos justificó las detenciones de Guantánamo.

Los números no nos hablan de las formas de detención. Existe, por ejemplo, la “detención administrativa”, un régimen bajo el cual hay 3.660 palestinos en prisión sin cargos, sin juicio, de manera indefinida, bajo un sumario secreto; para ellos, no hay ninguna garantía judicial y, a veces, ni siquiera juicio. Así están detenidos 17 miembros del Consejo Legislativo Palestino y 40 niños.

Muchos han sido juzgados en tribunales militares, incluso siendo menores de edad. Muchos han sufrido tratos crueles, humillantes y degradantes, incluyendo torturas. Muchos tienen restricciones a las visitas y a la asesoría jurídica. No creo que haya una forma de maltrato en las prisiones del mundo que no haya sido aplicada en palestinos.

Por eso, en su legítimo derecho a protestar, algunos han optado por hacer una huelga de hambre, que puede llevarlos hasta la muerte; han preferido una muerte digna resistiendo, que aguantar pasivos en una prisión sionista.

Hablemos de la libertad como un concepto más amplio; no solo como el hecho de no estar en una cárcel. Los palestinos no pueden ir sin restricciones a labrar su tierra, no pueden ir y venir ni siquiera de



las escuelas primarias, no pueden libremente traer el agua o recoger la cosecha de olivos.

Cada día, cada hora, están atrapados bajo la ocupación. En Birzeit, Cisjordania, un niño de 14 años me decía que su sueño era conocer el mar: él estaba a un par de horas del mar Rojo, a treinta minutos del mar Muerto y a menos de una hora del mar Mediterráneo, pero nunca había visto el mar.

No es una exageración decir que Gaza es la cárcel más grande del mundo a cielo abierto. Cualquiera que haya pisado Cisjordania y Gaza sabrá del impacto de los controles, los checkpoints, las cámaras de seguridad.

Y si eso no fuera poco, Israel sigue con su muro de apartheid, creando unos bantustanes para encerrar a los palestinos; poco importa lo que haya dicho sobre ese muro infame la Corte Internacional de Justicia.

Los palestinos van al mercado vigilados; dependiendo de la voluntad de sus guardianes, regresan del trabajo según las vías que estén abiertas; esperan en los puestos de control el tiempo que quiera el soldado ocupante.

¿Qué diferencia hay entre esa cotidianidad y la cotidianidad de una cárcel? De pronto la diferencia es que tiene más libertad un preso en una cárcel de Europa que un palestino en su tierra.

La prisión es para castigar a los que ayudan, por eso detienen al personal de salud; para callar a los que denuncian, por eso han capturado a 56 periodistas; para inmovilizar a los que protestan, por eso tirar una piedra a un tanque de guerra es un delito grave.

La cárcel es un castigo colectivo, por eso cambiaron a peor las condiciones de detención después de la Operación Diluvio de Al-Aqsa. Varios han muerto en prisión debido a las condiciones de detención.

Y la solución no está en mejorar las condiciones de detención de los palestinos, ni simplemente en eliminar la detención administrativa. No, porque el sionismo implica, en su naturaleza, la apropiación de una tierra ajena y, a los que vivan allí, hay de

desterrarlos, asesinarlos o detenerlos. Por eso no basta con medidas cosméticas, porque mientras haya sionismo habrá prisioneros palestinos.

## **La salud en Palestina, tras 11 meses de genocidio<sup>8</sup>**

La crisis humanitaria en Gaza es la más grave actualmente en curso y su nivel de daño supera, con creces, las consecuencias sumadas de varias guerras recientes. La crisis de salud actual de Gaza debe verse como el resultado de:

- las necesidades no atendidas antes del 7 de octubre (por ejemplo, restricción de acceso a medicamentos y a tratamientos). Hay en Gaza 52.000 pacientes con diabetes y así mismo, el número de pacientes crónicos de otras enfermedades se cuentan por miles,

- los ataques al sector salud en Gaza (destrucción de hospitales, asesinato de personal de salud), tanto antes como después de octubre de 2023, incluyendo cortes en el suministro de combustible, agua y electricidad. El número de camas hace un año, en Gaza, era de 3.000 y en febrero de 2024 cayó a menos de 1.000,

- las condiciones sanitarias son muy deficientes (acceso restringido al agua potable y presencia de casos de cólera). El hacinamiento y la falta de agua potable explica los 586.000 casos de infección respiratoria aguda y los 220.000 casos de diarrea aguda de octubre de 2023 a abril de 2024.

- A esto se suma la detención del programa de vacunación (con la subsecuente aparición de numerosos casos de hepatitis A y polio),

- no acceso a la ayuda humanitaria (irregular tratamiento de enfermedades crónicas, limitaciones para procedimientos como hemodiálisis). De 178 equipos de hemodiálisis, el 63% está en el norte de Gaza, donde no hay prácticamente acceso. Y hay 1.100 pacientes que necesitan diálisis,

<sup>8</sup> Nota: estas cifras cambian semana a semana, día a día, pero dan una dimensión del daño causado por Israel a la salud del pueblo palestino.

– elevado número de heridos que colapsan la poca oferta existente (bombardeos israelíes contra zonas densamente pobladas y bienes civiles). A esto hay que agregar el daño a las ambulancias, a las vías y la falta de combustible. Hay reportes de una ocupación hospitalaria del 323%,

– ruptura de la oferta de programas materno-infantiles (partos atendidos de manera improvisada, aumento de la mortalidad materna y neonatal). Se calcula más de 160 partos al día (5.000 al mes), en condiciones indignas, a lo que se suma la imposibilidad de ofrecer incubadoras a los neonatos que las requieran. 20% de los partos son pretérmino,

– no acceso a alimentos (numerosos casos documentados de muerte por desnutrición). Esto se agrava por la extensa destrucción de cultivos, el ataque a depósitos de ayuda humanitaria por parte de Israel, la ruptura en las cadenas de distribución de alimentos, y la falta de acceso a las víctimas de desnutrición,

– la decisión política de Israel de continuar con prácticas de limpieza étnica y de genocidio, tanto en Gaza como en Jerusalén del Este y Cisjordania.

Los medios de comunicación se enfocan en el número de heridos de manera constante, pero no así del número de enfermos. Vale tener en cuenta, además, el permanente desplazamiento forzado de la población. Hay familias que, desde octubre hasta hoy, han cambiado de residencia más de 12 veces.

Situación en Egipto es compleja. Además de la asistencia a refugiados palestinos, debemos tener en cuenta que Egipto enfrenta un flujo de refugiados que vienen de Sudán, debido al conflicto del país vecino, especialmente desde abril de 2023.

Según la WHO, se han producido 4.916 evacuaciones médicas desde Gaza más 6.675 acompañantes, pero este número es estancó el 7 de mayo, debido al cierre completo del paso de Rafah.

Entre los palestinos que han llegado buscando ayuda en Egipto, hay un 43% de enfermos y heridos entre los 19 y los 60 años; si a esto sumamos un 20% de mayores de 60 años, tenemos un 63% de

población que no son niños, pero que necesitan ayuda urgente.

El cierre del paso de Rafah, 7 de mayo de 2024, implicó no más evacuaciones, a excepción de 85 menores que fueron trasladados por un paso que hay entre Gaza e Israel Kerem Shalom (sin pasar por Egipto) y con mediación directa del gobierno de Emiratos Árabes Unidos, el 30 de julio.

Además, 23 niños con cáncer fueron evacuados con coordinación de la WHO en junio pasado, pero desde Egipto. No hay más evacuaciones directas de pacientes de Gaza en curso.

Hay un represamiento de pacientes a la espera de ayuda, entre 10.000 y 12.000 personas. Este es el cálculo de la WHO del volumen de pacientes que llegaría a Egipto, de un día para otro, si se abre el paso. Egipto, por supuesto, no tiene la capacidad para responder adecuadamente.

Tanto los voceros egipcios como palestinos insisten mucho en que no se trata solo de heridos sino también de un aspecto muy descuidado: la atención de enfermedades crónicas; preocupa mucho la falta de tratamientos para hipertensión, diabetes, cáncer, etc., la dificultad para ciertos procedimientos médicos (diálisis) y la aparición de epidemias documentadas (cólera, hepatitis A y polio).

Se calcula que en Gaza hay un total de 350.000 personas viviendo con enfermedades crónicas, de ellas la inmensa mayoría no tiene acceso oportuno a tratamientos y a atención médica. De esos, 45.000 tienen enfermedades cardiovasculares, 45.000 asma y 225.000 hipertensión.

Según la WHO, los pacientes oncológicos constituyen el grupo más numeroso en necesidad, debido a la falta de capacidades de radioterapia y terapia sistémica. Esta situación se ve agravada por el cierre del único centro oncológico en la Franja de Gaza, debido a la inseguridad y los bombardeos, que afecta a unos 1.500 pacientes de cáncer,

Hay datos terribles sobre salud mental: en la Franja de Gaza 452.600 personas (22,1%) viven con trastornos de salud mental,

incluidas 104.450 (5,1% de la población) con afecciones graves como esquizofrenia, trastoro bipolar, depresión grave y ansiedad grave,

Si la guerra se extiende, habrá una crisis humanitaria en El Líbano, con un posible alto flujo de población a Siria; de palestinos hacia Jordania y Egipto (dependiendo de las restricciones en frontera), y la salida de miles de israelíes. Pero nada de esto es fruto de un tsunami, sino de una decisión deliberada de Israel.

Víctor de Currea-Lugo

Médico, trabajador humanitario, periodista, escritor, profesor universitario y activista por la paz. Como trabajador humanitario ha estado en Colombia, Palestina, Sáhara Occidental y Darfur, entre otros contextos. Y como periodista ha realizado informes especiales desde Irak, Afganistán, Indonesia, Siria, Líbano, Filipinas, Kurdistán y Ucrania, entre otras regiones del mundo.

Master de la Universidad de Salamanca y PhD de la Universidad Complutense de Madrid. Autor de más de una decena de libros sobre conflictos armados, entre ellos: *Fanatismos, mitos y fusiles* (2018) y *Palestina, genocidio y resistencia* (2024).

Esta es la tercera de una serie de cartillas de urgencia, siendo las anteriores: *Un llamado urgente por Palestina* (noviembre de 2023) disponible en: <https://victordecurrealugo.com/llamado-urgente-palestina/> y *Palestina: las voces de la resistencia* (abril de 2024) disponible en: <https://victordecurrealugo.com/cartilla-palestina-resistencia/>

web: <https://victordecurrealugo.com/>

Esta es la tercera cartilla de un mismo esfuerzo por mantener viva la lucha contra el genocidio del pueblo palestino. La primera se llamó “Un llamado urgente por Palestina” y la segunda, “Palestina, voces de la resistencia”.

En este tercer esfuerzo, la presentación está destinada a explicar un proceso que necesita ser entendido: cómo el sionismo, por su naturaleza, necesariamente lleva a un genocidio. No se trata de que este crimen sea una consecuencia no deseada, sino un resultado “natural” del sionismo.

Aquí también se recogen debates sobre el contexto, tanto sobre las dinámicas regionales de Oriente Medio, como del triste y vergonzoso papel jugado por la comunidad internacional. Y debates sobre la naturaleza de la resistencia y el proceso de negociación indirecto con Israel.

Además -y como es de esperar- hay dos constantes en los medios de comunicación sobre los hechos que nos ocupan: primera, las decisiones jurídicas tomadas (y las por tomar) en el marco del sistema de la Organización de las Naciones Unidas; y segunda, las consecuencias humanitarias.

Claro que quedan por fuera otros temas, así como otros elementos de lo humanitario, del contexto, de lo jurídico y de la resistencia. Lo que se pretende es -como en los textos anteriores- organizar y, por supuesto, desmentir muchos de los discursos predominantes en los medios de comunicación, porque mucha de la información disponible repite unos discursos que sirven al genocida.

